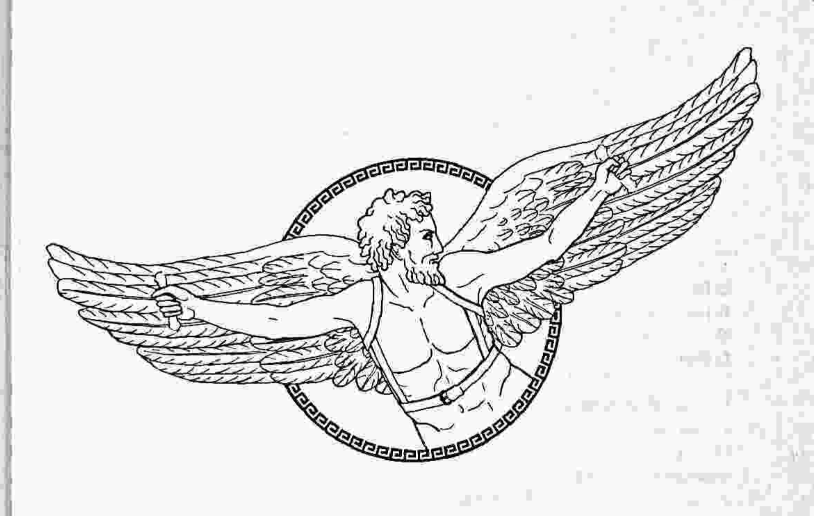
DÉDALO

Y EL VUELO DE ÍCARO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8651-2
Depósito legal: B 20905-2016

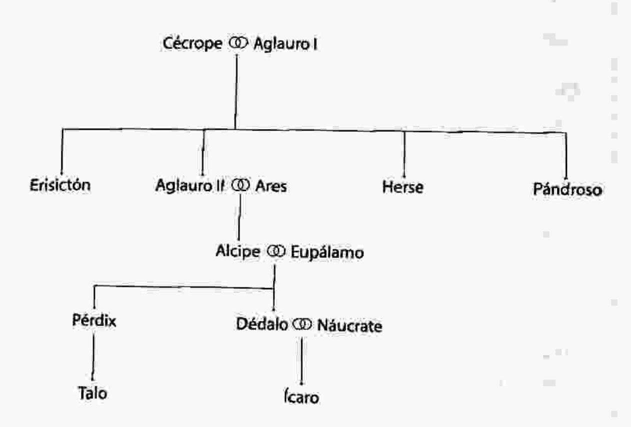
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Dédalo aventajaba notablemente a todos los demás hombres por sus dotes naturales y se dedicó con entusiasmo al arte de la construcción, a la ejecución de estatuas y al trabajo de la piedra. Fue inventor de muchos ingenios que contribuían al desarrollo de su arte y realizó obras que fueron objeto de admiración en muchos lugares de la tierra habitada.

Biblioteca histórica, Diodoro Sículo, 4.76.1-2.

Genealogía de Dédalo e Ícaro



Dramatis personae

Los atenienses

Dédalo – hijo de Alcipe y Eupálamo, considerado el arquitecto, inventor y artista más excepcional de su tiempo.
Alcipe – madre de Dédalo, hija del dios Ares y nieta del rey Cécrope de Atenas.
Cécrope – primer rey de Atenas y bisabuelo de Dédalo, con la parte inferior del cuerpo en forma de serpiente.
Pérdix – hermana de Dédalo, madre del joven Talo.
Talo – hijo de Pérdix y sobrino de Dédalo, que aprende el oficio de su tío y muestra un talento deslumbrante.
Teseo – hijo del rey Egeo de Atenas que se enfrenta al Minotauro.

Los cretenses

Ícaro – hijo de Dédalo y la esclava Náucrate, muy amado por su padre, que le enseña sus secretos.
Minos – hijo de Zeus y Europa, soberano del poderoso reino de Cnosos, en la isla de Creta.

Pasífae – esposa de Minos y madre del Minotauro, víctima de la venganza de Poseidón.
Ariadna – princesa de Creta, hija de Minos y Pasífae, que se enamora del héroe Teseo.
Andrógeo – hermano de Ariadna, muerto por el toro de Maratón.
Minotauro – monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro nacido de Pasífae y el toro del mar.
Náucrate – esclava del palacio de Cnosos que, entregada a Dédalo, le da su único hijo.

Los sicilianos

Cócalo – rey de la ciudad de Camico, soberano hospitalario que esconde y protege a Dédalo.
Princesas de Camico – hijas del rey Cócalo que ayudan a su padre a proteger a Dédalo del rey Minos.

1

El artista universal

La noche se había abatido sobre Atenas. En las calles ya no se oía el bullicio del día: los hombres se habían ido retirando a sus casas, los agricultores habían regresado a sus miserables cabañas, diseminadas por los alrededores de la ciudad, y las sombras, apenas acariciadas por la centelleante luz de algunas antorchas, habían caído sobre sus plazas. Nubes de tormenta, amontonadas por el gran Zeus al atardecer, ocultaban el balbuciente brillo de la luna, cuyos débiles flecos de luz se derramaban por el cielo sin alcanzar la tierra.

Desde el patio de la casa, la imaginación del muchacho situaba entre las nubes a un desordenado ejército de pequeños seres brillantes, que destellaban a intervalos irregulares, sumergidos tras el incesante movimiento de las nubes. Un rayo iluminó el suelo y las paredes del patio. El brocal del pozo y el pilón de las caballerizas se encendieron como en un fogonazo, y toda la casa pareció emerger de la oscuri-

dad. El ruido del trueno desparramó por toda la ciudad un eco brutal, repetido desde las cercanas colinas. El dios de la tormenta rugía con fiereza desde el cielo. En un instante, la lluvia comenzó a caer con fuerza.

El muchacho vaciló. En una noche como aquella, con la oscuridad herida por la luz de los relámpagos, su determinación desfallecía. Había pasado muchos días imaginando cómo se conduciría al llegar el momento de la verdad e, incluso, se había fabricado algunas herramientas para poder llevar a cabo su plan sin dejar el más mínimo rastro tras de sí; pero el cielo parecía estar enviando alguna señal, un aviso de peligro, una invitación a aplazar lo que se disponía a hacer. Respiró hondo, tratando de sentir su propio corazón.

Un nuevo rayo inundó la colina cercana de la acrópolis. Los viejos edificios de madera se tiñeron de una luz azulada, y, por un momento, el muchacho creyó ver surcando el cielo la brillante silueta de un pájaro nocturno. Sus grandes ojos se abrieron por completo, tratando de escudriñar la oscuridad: la figura de la lechuza se iba agrandando a medida que avanzaba hacia él. Embelesado, vio cómo el ave, majestuosa, sobrevolaba su cabeza sin apenas batir las alas.

Siguió con la mirada la clara silueta hasta que, cerca del lugar en que se encontraba, vio que se posaba sobre el tejado de una de las casas del barrio de los ceramistas. Cerró los ojos y, con suma habilidad, abrió la puerta de la casa utilizando uno de esos extraños instrumentos que él mismo fabricaba. Luego se deslizó como una sombra hacia el interior de la ciudad.

Encapuchado, cubriendo su cuerpo con un manto de oscura lana, dirigió sus pasos hacia aquel barrio al que llamaban el Cerámico. Era un lugar tranquilo, muy cerca del lado poniente de la acrópolis, y en sus calles se apretaban los talleres y los hornos de los artesanos. Cruzó el arroyo que dividía en dos aquel pequeño territorio. Los rayos de Zeus seguían dibujando fantasmas sobre las paredes de adobe de las casas y los contornos de una de las necrópolis de la ciudad.

Sintió un escalofrío al contemplar las estelas funerarias, los pequeños trozos de madera o de barro cocido que marcaban los lugares de enterramiento. ¿Habría interpretado mal el vuelo de la lechuza?, se preguntó, deteniendo sus pasos. Intentó calmarse; había llegado demasiado lejos como para volverse atrás. Entonces cerró los ojos para hacer desaparecer la visión del cementerio. Y continuó.

En unos instantes, el olor familiar de los rescoldos de los hornos, del barro cocido y del bronce fundido mitigaron sus temores. Las calles estaban desiertas y los tejados, azotados por la fuerza de la tormenta, dejaban escurrir el agua que se precipitaba desde el cielo. La llama de las antorchas que marcaban algunos de los cruces de las calles principales se había ido apagando poco a poco; la oscuridad envolvía el barrio de los alfareros.

El muchacho conocía perfectamente cada rincón de aquella zona de Atenas y, en el interior de su cabeza, las calles y las callejas se cruzaban como en un plano dibujado por un arquitecto. Avanzó por aquel entramado con decisión, calado hasta los huesos y tiritando de frío, hasta que, repentinamente, la luz de un nuevo relámpago iluminó la fachada de un edificio perfecto que se distinguía de los demás por la armonía de sus formas: el taller de Dédalo, el artista más famoso de Atenas, el hombre al que todos admiraban por su increí-

ble capacidad de construir con las manos cualquier cosa que imaginara con la inteligencia.

El muchacho se detuvo delante de la puerta y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca. Entonces sacó de entre sus ropas empapadas un objeto de bronce que, despacio, con mimo, introdujo en de la cerradura.

Movió aquella especie de llave con calma: describió círculos, empujó con delicadeza hacia el interior y tiró hacia el exterior; revolvió hacia uno y otro lado con la mirada clavada en el ojo de la cerradura y los oídos atentos a todos los matices de los quejidos de madera y bronce que nacían de la puerta, hasta que un chasquido hizo que una de las hojas se moviera. El muchacho la empujó con suavidad, tratando de evitar cualquier ruido. Al entrar en el edificio, la oscuridad lo envolvió por completo.

Se sintió abrumado por las sombras de su propio miedo. Tenía que controlar sus emociones: conocía perfectamente aquel taller; sabía dónde estaba cada herramienta, cada bloque de mármol, los moldes en los que el metal líquido adoptaba las formas más diversas, y sabía también dónde se encontraba el almacén en el que Dédalo guardaba sus secretos, protegidos por puertas de bronce cuyas hojas permanecían unidas por cerraduras dobles que solo se abrían mediante una extraña combinación de posiciones de una llave insólita, en cuya extremidad los dientes se entrelazaban de manera compleja.

El muchacho aspiró de buena gana el olor dulce de la madera, los aromas punzantes de los barnices y los tintes que se utilizaban para pintar las obras de cerámica y las estatuas de mármol. Se despojó de la ropa mojada y la puso cerca del

horno, cuyo calor inundaba todavía la estancia. De allí sacó otro objeto metálico, que acarició despacio. Alzó la mirada hacia el techo, en cuyo vértice Dédalo había construido una estructura transparente, de un material desconocido, que dejaba entrar la luz del día y la proyectaba sobre los lugares en que daba forma a sus estatuas. A través de aquella ventana, el muchacho contempló el cielo nocturno y oyó la lluvia golpeando con fuerza. Cerrando de nuevo los ojos, pidió al gran Zeus y a su hija Atenea, la diosa patrona de su ciudad, que lo ayudaran a llevar a cabo su proyecto. Apretó fuertemente con los dedos la insólita llave y se acercó a la puerta que debía franquear.

Mientras se dirigía hacia allí, intentando llenarse los pulmones de un aire que parecía faltarle, recordó las tardes de trabajo en aquel taller de Dédalo, su tío; a su mente acudieron las horas interminables que había pasado moldeando el barro con los dedos, encendiendo y alimentando el horno, quemándose las manos con el metal líquido vertido sobre los moldes y, de nuevo, tuvo la certeza de que aquel artista excepcional, aquel hombre al que había sido entregado por su madre como aprendiz, nunca le enseñaría todos los secretos de su arte. Había pasado días enteros con él, noches en blanco con la sola intención de aprenderlo todo, de asimilarlo todo, pero Dédalo se mantenía distante, tratándolo como si fuera un esclavo indigno de conocer los secretos de su arte.

Su tío parecía despreciar su talento innato. ¡Cuántas veces había llegado al taller con la inmensa ilusión de enseñarle alguno de los objetos que él mismo construía o de mostrarle los bocetos de toda clase de ingenios! ¡Cuántas veces

le había mostrado soluciones a sus propias dudas y le había sugerido sagaces respuestas a problemas técnicos que ni siquiera él, el artista universal, parecía capaz de resolver! Mas Dédalo siempre se había mostrado indiferente, despreciativo, como si toda muestra de talento no nacida de él fuera indigna y lo llenara de resquemor y reticencia.

Empujado por estos pensamientos y poseído completamente por la curiosidad de contemplar, por fin, aquella habitación vedada para él, introdujo la llave en la compleja cerradura. Los resortes interiores enseguida se movieron y, de nuevo, tal como había ocurrido con la puerta del taller, una de las hojas se abrió emitiendo un sordo y áspero chasquido.

La luz de un rayo iluminó la estancia en el momento en que Talo entró en aquella sala secreta, tan sagrada para él como podría serlo el corazón de un templo dedicado al dios de los artistas.

◇◇◇

Cada vez quedaban más lejos los días en que la Tierra entera estaba habitada por hombres crueles en lucha incesante. Había sido un tiempo difícil, presidido por la violencia y por las contiendas entre los dioses olímpicos que, mezclados con los mortales, se habían enzarzado en disputas por la posesión de las nuevas ciudades que se fundaban por todas partes.

Había pasado tiempo, en efecto, se decía a sí mismo Dédalo. Sentado en el interior de su taller, al que muy pocas personas tenían acceso, el artista ateniense bebía una infusión mientras trataba de dar forma a las muchas ideas que se acumulaban en el interminable almacén en que se había

convertido su cabeza. Algunas tardes como aquella, cuando la luz del sol ya declinaba, se acercaba al calor del horno y recordaba los tiempos duros en que su madre, Alcipe, le había mostrado algunos de los secretos de Cécrope, el legendario rey de Atenas, el hombre nacido de la tierra, cuyo cuerpo había tenido la forma de una serpiente.

Cécrope era su bisabuelo. Apenas recordaba de él alguna imagen suelta, fugaces reflejos de su rostro, de su torso humano y de los anillos que, desde la cintura, conformaban una parte de su cuerpo. Desde niño, Alcipe se había esforzado por hacerle entender que, a pesar de su aspecto, Cécrope era un hombre bondadoso, un rey justo, dispuesto a construir una ciudad donde antes solo había un conjunto informe de cabañas y chozas diseminadas a lo largo de una región yerma, baldía, en la que proliferaban alimañas y bandidos.

Dédalo apuraba su infusión, dulce y caliente, y sentía propagarse por todo su cuerpo el agradable calor de la bebida. Algunas tardes, antes de partir hacia su casa, los fogonazos del pasado iluminaban sus recuerdos con una intensidad efímera; se aferraba con toda su fuerza a las imágenes fugaces que desfilaban ante él, como si su mente de adulto, invadida por preocupaciones y esperanzas, no tuviera sitio para fijar la nostalgia que le producían los días de su niñez.

Sentía una inmensa gratitud por su bisabuelo, el hombre serpiente, a quien debía su primera y definitiva fascinación por la escultura, la arquitectura y, en general, por todo aquello que pudiera considerarse un trabajo artístico. Sabía muy bien que los hombres ricos y poderosos desdeñaban a quienes cincelaban el mármol, daban forma al bronce o dibujaban bocetos de edificios con sus manos, y tenía la



Cécrope, el nacido de la tierra, era un hombre bondadoso, un rey justo.

permanente sensación de que todos sus conciudadanos, a pesar de su admiración, lo consideraban en el fondo un artesano al que los dioses habían dotado de una habilidad excepcional para el trabajo artístico.

Mas Dédalo era inmune a ese desprecio propio de hombres ricos, acostumbrados a emplear las horas del día en esfuerzos vanos que, al cabo, no los harían permanecer en la memoria de los tiempos. Sin embargo, mientras las primeras sombras de la noche se dibujaban sobre la ciudad, llamada ahora Atenas, el artista se complacía en imaginar que su trabajo, plasmado en la piedra, el mármol y el bronce, perduraría mucho más allá que las leyes, los decretos y los pensamientos de quienes lo menospreciaban.

En aquellos atardeceres de primavera, en el interior de su taller, solo, tenía la sensación de ser feliz. Evocaba las imágenes de su bisabuelo, raras e inconexas, dirigiendo las obras de la ciudad justo después de los días en que Poseidón y Atenea habían disputado por la posesión de una tierra que entonces se llamaba Cecropia. Él no había asistido al titánico enfrentamiento, pero había oído muchas veces de labios de su madre que Cécrope se había visto obligado a escoger entre las dos divinidades.

Fue una situación de extrema dificultad, pues optar entre dos dioses sin irritar a ninguno es una tarea casi imposible, que demostraba la inteligencia y la habilidad del rey. Aun así, ni siquiera él pudo evitar la terrible inundación que, por voluntad de Poseidón, el dios derrotado en la disputa, asoló durante días todo el reino, desde los pies de la colina de la acrópolis hasta el puerto. Muchos hombres y animales murieron para satisfacer así la cólera y el orgullo herido del hermano de Zeus.

Pero, una vez que el propio Zeus intervino, obligando a su hermano a respetar la decisión del hombre serpiente, Atenea se convirtió en la divinidad de una ciudad que, en su honor, habría de llevar para siempre el nombre de Atenas. Entonces Cécrope mostró a todos la magnánima naturaleza de su carácter y, con la protección de la diosa, transformó por completo la ciudad y a sus habitantes, promulgando leyes y estableciendo pactos que trajeron la civilización a la tierra de Atenea.

Aunque Dédalo apenas recordaba nada de esa época, había oído decir a sus padres que su abuelo, entre otras muchas cosas, había enseñado a los hombres a construir ciudades y a enterrar a los muertos. Los más viejos, aquellos que habían resistido milagrosamente el paso de los años durante más de dos generaciones, afirmaban que había inventado un tipo de escritura para poder inscribir a todos los ciudadanos en listas censales.

Sin embargo, lo que Dédalo sí recordaba, cautivado, eran los días en que, sobre la acrópolis, comenzaron a construirse edificios públicos cuyos pórticos y escalinatas fueron embellecidos con estatuas maravillosas, hechas de mármol. Los pintores decoraron los espacios interiores con escenas que recordaban la historia de la propia ciudad y ensalzaban la de su reciente protectora, la diosa Atenea, la de ojos brillantes. Templos y edificios civiles iban tomando forma día a día, bajo la atenta mirada de aquel niño que, a todas horas, una vez alcanzada la edad de comprender, observaba con atención a los trabajadores y con fascinación creciente a ingenieros y arquitectos.

Cuando llegaba a su casa cogía todo tipo de materiales y elaboraba con ellos pequeñas figuras y maquetas. Sus padres, Eupálamo y Alcipe, nieta de Cécrope, lo observaban com-

placidos, creyendo que su hijo disfrutaba con aquella clase de juegos. Mas una noche en que, siendo ya un adolescente, se entretenía moldeando los detalles de la figura de un hermoso león de madera, su madre entró en la habitación repentinamente, atraída por los golpes. Entonces vio a su hijo con una herramienta extraña en la mano. Era un martillo, pero parecía suave y flexible, y su cabeza de bronce tenía en uno de los lados una especie de uña curva, cuya función Alcipe no fue capaz de comprender. La cabeza de la herramienta estaba encastrada en el mango gracias a un agujero, lo que daba al martillo una apariencia que la mujer no había visto nunca.

Dédalo se sobresaltó al ver a su madre y, en un movimiento rapidísimo, corrió la cortina para ocultar el contenido de la alacena. Visiblemente contrariado por la inesperada interrupción, se sentó en el suelo y guardó silencio. Alcipe, entonces, se acercó despacio a la alacena y puso la mano en la cortina.

—No la abras —rogó el muchacho.

—¿Por qué? —contestó ella, poco dispuesta a conceder aquel capricho a su hijo.

Dédalo se levantó despacio, miró a los ojos a su madre y dijo:

—Todavía es pronto para que nadie vea los frutos de mi trabajo. Muchas de las cosas que hay dentro de ese armario son apenas bocetos, ideas inacabadas que no entenderías. Prefiero que no las veas todavía.

—¿Qué puede haber entre los objetos que mi hijo fabrica con sus propias manos tan extraño que no puedan verlo mis ojos? —dijo Alcipe incómoda—. Los dioses te han bendecido

con un talento excepcional para inventar y construir. ¿Por qué no quieres compartir conmigo las obras que nacen de tu genio?

Descorrió con energía la cortina de la alacena. Dédalo bajó la cabeza y clavó los ojos en el suelo, profundamente humillado. Mientras su madre ojeaba boquiabierta los objetos almacenados en aquel armario secreto, el muchacho sintió que, al descorrer aquella cortina, su madre había violado lo más hondo de su alma. Abandonó corriendo la habitación.

Alcipe permanecía absorta, sin poder hacer otra cosa que observar aquellos objetos. Extraños muñecos con resortes en las articulaciones, raras máquinas cuyo fin no era capaz de adivinar, pequeños utensilios cortantes, mazos de formas sorprendentes, maquetas de edificios insólitos que parecían desafiar todas las normas conocidas, y una plétora de piezas de función incomprensible.

Algunas de las maquetas de edificios tenían detalles de un ingenio deslumbrante: ventanas que daban a patios de luces, huecos para airear las dependencias, sistemas de tuberías que transportaban agua de lluvia hacia estanques o zonas de baño y tejados en los que se insertaban objetos transparentes, de formas diversas, diseñados para inundar de luz las estancias dedicadas al trabajo.

Había un edificio, cuya maqueta apenas estaba esbozada, que llamaba especialmente la atención. Alcipe detuvo su mirada en aquella construcción realizada alrededor de un patio central rectangular, en el que las figuras de hombres y mujeres, moldeadas en barro con una asombrosa perfección, deambulaban sin orden aparente. Alrededor del patio,

en tres pisos superpuestos, la construcción reproducía un auténtico palacio con habitaciones reales, salas de reuniones, lugares de culto, archivos, talleres y otras dependencias.

Mas, de todo aquel conjunto, lo que más llamó su atención y atrapó su mirada fue lo que se vislumbraba bajo tierra, justo debajo del patio rectangular. Se aproximó despacio a la maqueta, intrigada, con una sensación extraña clavada en el pecho. Acercó el rostro y vio, debajo del edificio, una intrincada red de galerías, una sucesión de nudos, de pasadizos que se cruzaban de manera completamente inextricable, como si estuvieran diseñados para que nadie pudiera orientarse en su interior. Sus ojos recorrieron una y otra vez aquella maraña de pasillos, túneles, recovecos, callejones envueltos todos ellos en la más completa oscuridad.

—¿Qué es esto, hijo mío? —preguntó.

No hubo respuesta. Cuando Alcipe se volvió, vio que la habitación estaba desierta.

∞

Dédalo apuró el último trago de su infusión. Los recuerdos habían asaltado su mente y llenado su alma de melancolía. Dejó en una mesa el cuenco vacío y se dispuso a recoger las últimas herramientas, esparcidas todavía por el suelo. Algunas veces, antes de irse a su casa, observaba aquellos utensilios y evocaba los momentos en que los había imaginado. A la agonizante luz de la tarde, el hombre que había conseguido el reconocimiento de algunos de sus conciudadanos como artista, no como mero artesano, contemplaba los frutos de su imaginación y se preguntaba, cada vez más abatido, cuándo fue la última vez que tuvo una idea.

Ciertamente, hacía ya mucho tiempo que no diseñaba nada nuevo. Como si su creatividad se hubiera secado de repente, no era capaz de imaginar ninguna nueva herramienta, ningún edificio que mostrara alguna solución novedosa; sus estatuas se parecían a las que había creado antes, y las gentes se preguntaban si, al convertirse en un hombre, la creatividad desbordante del muchacho habría desaparecido para siempre.

Iba guardando las herramientas poco a poco, acosado por tales pensamientos. Miraba las claraboyas del techo, maravilla que en otros tiempos habían despertado la admiración de todos los atenienses, y veía oscurecerse el cielo de la primavera. Algunas veces sentía auténtico terror al pensar que no habría de sentir nunca más la excitación de una nueva idea, la tensión maravillosa de darle forma y la inigualable satisfacción de verla plasmada en madera, bronce o barro. Aquel proceso de creación lo acercaba a los dioses, se sentía como una especie de divinidad sobre la tierra, capaz de crear con las manos todo lo que su mente imaginara.

Pero quizá los dioses se habían cansado de él. Ahora, con su capacidad de creación aparentemente dormida, se había convertido en un hombre solitario, huraño, celoso de cualquiera que le recordara al joven creativo que había sido. No soportaba ver cómo otros creaban lo que él ni siquiera era ya capaz de ver. Se enfurecía, copiaba las ideas que intuía en la gente que trabajaba para él y las guardaba, esbozadas o simplemente sugeridas, en el interior de una habitación cuyos cerrojos parecían imposibles de descorrer. Allí dentro, plasmados en los más diversos materiales, reposaban algunos de los objetos que en otro tiempo su madre había visto

en la alacena de su habitación, mezclados con otros cuyas ideas había robado a otros hombres.

Suspiró con amargura y pensó en su sobrino Talo. Hacía algún tiempo que el chico trabajaba para él, pues su madre quería que le enseñase los fundamentos de su arte. Era un muchacho alegre, inteligente y maravillosamente imaginativo. Dédalo no podía evitar verse a sí mismo en las manos de aquel chico capaz de idear y crear cualquier cosa, y sentía que los celos iban adueñándose de su ánimo con la misma velocidad con que su propia creatividad se le escurría entre los dedos.

Intentó alejar tales pensamientos y se dirigió a su sala secreta. Cada tarde, antes de abandonar el taller, abría la puerta con la esperanza de que, al contemplar las obras nacidas de su ahora dormida creatividad, el fogonazo de algo nuevo alumbrara su mente. Introdujo la extraña llave en la cerradura y, entonces, vio que el invisible filamento que unía la hoja con el cerco estaba partido. Alguien había violado aquel lugar sagrado.

Presa de un pánico repentino, Dédalo evocó la noche en la que su madre, curiosa, había descorrido la cortina de su pequeña alacena.

2

Celos y crimen

Encendió una antorcha asustado, pues la luz podía delatar su presencia a través de la transparente burbuja que Dédalo había encastrado en el tejado del taller. Avanzó despacio hacia el rincón en que yacía el extraño artilugio, y acercó la llama con cuidado. Ante sus asombrados ojos emergió un objeto cuyas formas, iluminadas por el haz del fuego, se fueron haciendo más claras y comprensibles.

Eran unas alas negras, perfectamente trenzadas con plumas de ave adheridas a una estructura de madera dotada de meticulosos engranajes. Acercó un poco la luz, intentando comprender el misterio de aquella máquina. Sentía una emoción incontenible y su fantasía se llenó de imágenes maravillosas. Se vio a sí mismo como tantas veces en sus sueños: volando entre las colinas de Atenas, contemplando la rizada superficie del mar como alguna de las aves marinas, con su cuerpo acariciado por las brisas, utilizando el viento para descender

o ascender. Una indescriptible admiración por el talento de su tío le llenó el ánimo.

Un fogonazo de luz azul penetró por la transparente abertura del techo. La explosión del trueno hizo vibrar las paredes del edificio y Talo salió de su ensoñación de repente, como si aquel rayo hubiera sido una advertencia del propio Zeus. Apagó la antorcha sin perder más tiempo y la dejó sobre el soporte de la pared intentando borrar todo rastro de su presencia; antes de salir, trató de fijarse otra vez en aquel ingenio volador que apenas había tenido tiempo de acariciar levemente con sus ojos inquisitivos.

Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, una serie de objetos que le resultaban familiares llamaron su atención. Sobre uno de los estantes cercanos a la puerta, se apilaban instrumentos, herramientas, utensilios que conocía muy bien, pues los había diseñado él mismo: martillos de cabeza redondeada, sierras con diferentes tipos de dientes, pensadas para cortar madera o metal, compases para hacer circunferencias perfectas, reglas con las que calcular rumbos y distancias... Talo se quedó boquiabierto. ¿Por qué razón su tío había guardado en aquel lugar secreto, inaccesible para todos, no solo los ingenios debidos a su mente y su habilidad prodigiosas, sino también los pequeños frutos de la incipiente imaginación de su sobrino?

Aquella incógnita le hizo salir corriendo del taller sin preocuparse ni de la lluvia ni de los relámpagos que iluminaban las callejas de Atenas con su luz refulgente. Saltó la tapia del patio de su casa y se deslizó hacia su habitación con los miembros entumecidos de frío y el ánimo sobresaltado. Lo que había visto lo había conmocionado por completo.

Se desnudó dejando caer al suelo la ropa empapada, se echó sobre la cama y clavó la mirada en el techo de su pequeña habitación. Fuera, la tormenta progresaba y los relámpagos iluminaban la ciudad cada vez con más frecuencia; la lluvia se desplomaba sobre los tejados de las casas y toda Atenas parecía asediada por un ejército gris que disparaba desde el cielo lanzas de fuego y dardos de agua. Talo intentó descansar, pero las imágenes se agolpaban frente a su cama con una nitidez extraña.

Cerró los ojos, pero no dejó de verlas. Delante de él aparecían los estantes de la sala del taller de su tío, colmados de objetos maravillosos, pero entre todos aquellos raros ingenios, apartado de los demás, solo en un rincón, se encontraba el extraño artefacto. Sintiéndose completamente seguro y a salvo en el interior de la casa de sus padres, el muchacho rememoró el momento en que, azorado, nervioso, tiritando de frío y de miedo, se había acercado a lo que parecía ser el más extraordinario ingenio de su tío.

El muchacho se revolvió sobre la cama hasta que consiguió dormirse, rendido por fin al cansancio de sus propias emociones. Con pesar, comprendió que se había comportado como un niño pequeño, ansioso por aprender, pero, también, ansioso por mostrar a todos, especialmente a Dédalo, los frutos de su talento.

Entonces supo que solo había una razón que explicara el comportamiento frío y esquivo de su tío: los celos.

⋄⋄⋄

Aquella mañana Dédalo se dirigió a su taller con un punto de ansiedad que le hería el ánimo. No era solo la sensación

de vacío de todos los días, la incómoda certidumbre de que la fuente de su talento se había secado por completo quizá para siempre y de que ya no era capaz de inventar nada nuevo con lo que alimentar su vanidad y su permanente deseo de reconocimiento; era también la certeza de que su brillante sobrino, el muchacho que asombraba a todos, había mancillado el templo en el que guardaba sus tesoros más preciados.

Mientras caminaba hacia el Cerámico, el frescor de la mañana tonificó su cuerpo y despejó su mente. Detuvo sus pasos al llegar a la ladera norte de la colina de la acrópolis y dejó que la brisa envolviera todos sus miembros con su fresca caricia. Desde aquel lugar, una parte de Atenas podía contemplarse con hermosa claridad: la zona del mercado, la calle de los comerciantes y el camino que conducía al barrio de los alfareros, cuyos hornos comenzaban a encenderse en aquella hora temprana.

Se sentó un momento sobre una de las piedras clavadas a los cimientos de la colina. Contempló la agitación de los vendedores, que instalaban sus puestos en el ágora, y se regodeó al observar algunas de las construcciones que ya poblaban aquella explanada. Muchos de los edificios habían sido diseñados y construidos por él.

Recordó el día en que había tomado encantado al hijo de su hermana, pues su naturaleza despierta y su habilidad manual le recordaban los lejanos días de su infancia: se veía a sí mismo en aquel chico inquieto, nervioso, permanentemente atento y dotado de un ingenio sobresaliente. Enseguida se dio cuenta de que Talo aprendía todo a una velocidad pasmosa: moldeaba el barro con precisión, fundía el metal, trabajaba el bronce y, sobre todo, perseguía la perfección en cada uno de sus trabajos.

A veces, al terminar de moldear un vaso de cerámica, antes de meterlo en el horno, se afanaba casi obsesivamente en corregir las irregularidades que, de manera inevitable, producían sus propios dedos. Cogía entonces una varilla de madera e intentaba dar una forma perfectamente regular a cada parte del vaso, aun sabiendo que era una tarea vana, imposible, que lo llenaba de una permanente frustración. Por eso, una mañana, llegó al taller con una excitación irreprimible. Entró corriendo y, delante de todos los operarios, se puso a gritar: ¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

Dédalo esbozó una sonrisa nerviosa al recordar aquel día. Su rostro, empero, se crispó levemente cuando le vinieron a la cabeza las imágenes de Talo enseñando a todo el mundo una máquina extraordinaria por su sencillez y su funcionalidad. Deseoso por resolver el problema de las irregularidades producidas por el trabajo de las manos sobre el barro, había inventado un torno que, movido con pedales que transmitían el movimiento a través de una polea y una correa, daba una forma perfecta a cualquier vaso de cerámica. Sin darle importancia, con la ingenuidad propia de alguien que no es consciente de su propio talento, Talo había inventado la rueda de alfarero. Toda la ciudad habló del muchacho; a los pocos días todos los talleres habían adoptado aquella máquina, de manera que la producción de cerámica se transformó por completo.

Dédalo se mostró complaciente con el aprendiz, al que alabó públicamente, pues todos creían, incluida Alcipe, que el talento de Talo crecía gracias a las enseñanzas de

su tío. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, la aparición de la rueda de alfarero le había hecho comprender que entre él mismo y su sobrino había una diferencia capital. No era una diferencia relacionada con el trabajo, ni siquiera con el talento, era una diferencia de carácter, de naturaleza.

Talo tenía un carácter expansivo, propenso a compartir. En cambio, él era retraído con sus descubrimientos, y no los mostraba a nadie hasta asegurarse el reconocimiento de toda la comunidad; necesitaba la aprobación de los demás y, sin ella, se sentía inseguro, aislado, celoso de cualquier otro artista al que la gente mostrara cualquier clase de cariño; en cambio, Talo disfrutaba con el trabajo en sí, se deleitaba dando forma con las manos a las ideas que bullían en su cabeza, y era completamente refractario a los halagos.

Dédalo se levantó y dirigió sus pasos hacia el taller. En su ánimo bullían sentimientos encontrados: amor por su sobrino, celos y, especialmente, la seguridad de que solo Talo podía haber inventado una herramienta con la que violar la intimidad de su sala secreta. Mientras atravesaba el ágora sintió, además, la vergüenza de imaginar al muchacho viendo sobre los estantes muchos de los objetos nacidos de su propio ingenio.

Apretó el paso, deseando hablar con él y decidido a terminar para siempre con aquella angustia que lo corroía.

◇◇◇

Cuando llegó al taller, Talo estaba extrañamente reservado. Retirado en un rincón del patio, parecía ensimismado, concentrado en dar forma a uno de aquellos objetos que imaginaba todos los días. Pasó a su lado sin decir nada y se dispuso a llevar a cabo sus trabajos cotidianos; dio órdenes a los operarios, repasó algunas de las estatuas y trató de aparentar que aquel era un día como cualquier otro. Aunque con disimulo, no perdía de vista a su sobrino.

Dédalo subió a su habitación y cerró la puerta por dentro, como de costumbre. Observó detenidamente cada uno de los objetos, fruto de su inventiva, que tapizaban todas las paredes, agolpándose unos junto a otros. Era capaz de recordar el momento, el lugar en que se le habían ido ocurriendo. Fijó su atención en las estatuas apiladas sobre una de las paredes y su ánimo se sintió invadido por las sensaciones de los días en que las había imaginado y construido. En apariencia eran estatuas como las demás, pero, dentro de sus músculos de mármol o de bronce, escondían secretos que nunca había enseñado a nadie: resortes capaces de hacer que se movieran en determinadas condiciones de luz, humedad o calor. Algunos de los operarios de su taller, tras haber observado cómo las construía, lo habían comentado en las reuniones con otros artesanos, de manera que toda Atenas había hablado alguna vez de las maravillosas estatuas de Dédalo, pues podían mover sus miembros por sí mismas.

Siguió paseando su mirada por las demás zonas de la sala, y se detuvo en las viejas alas que había diseñado, hacía mucho tiempo ya, con la esperanza de descubrir el secreto del vuelo de las aves y poder entregar a la memoria de los hombres un invento semejante, capaz de cambiar el curso de las cosas. Acarició con sus manos las suaves plumas, se fijó en los resortes de madera, en el sutil juego de engranajes que intentaba reproducir el movimiento

de las alas de un águila. Con un gesto de melancolía se preguntó si alguna vez lograría construir una máquina que lo hiciera volar y lo acercara al lejano territorio de los dioses.

Luego se dirigió hacia los objetos de Talo. Admiró sus formas, la perfección con que estaban hechos, los sutiles adornos que los embellecían, dándoles el aspecto de originales obras de arte. Tomó entre sus manos el compás de madera, que había utilizado muchas veces, y se maravilló ante la capacidad de su sobrino para diseñar obras de tan extraordinaria utilidad. En la colección de vasos de cerámica que el muchacho había torneado y pintado, volvió a ver cómo las escenas, primorosamente dibujadas, se sucedían con una armonía exquisita, impropia de un chico de su edad. Su mirada se detuvo en una de las piezas: un ánfora común, de dimensiones adecuadas para concentrar la atención en su pintura, no en su forma. En sus costados, un águila se lanzaba en picado sobre el valle que rodeaba una pequeña ciudad de luminosas casas blancas. La luz del sol se derramaba sobre las fachadas creando una seductora sensación de realidad. El viento parecía mover las oscuras plumas y el cielo enmarcaba el trepidante vuelo del ave; de su lomo emergía la cabeza de un asombrado muchacho cuyos ojos se entornaban tratando de resistir la fuerza del viento.

Dédalo quedó extasiado ante el magnífico dibujo y sintió de nuevo la punzada de los celos, pues aquella escena plasmaba sobre el barro cocido del ánfora el talento incomparable del chico. Desviando la mirada, volvió a fijarse en su olvidada máquina de volar y, atacado por los celos, dejó que una idea fuera tomando forma en su atormentado ánimo.

Salió de la habitación, cerró la puerta y se dirigió con paso decidido al lugar donde estaba su sobrino.

◇◇◇

—¿Por qué has entrado a hurtadillas en la sala cerrada de mi taller? —preguntó directamente.

Talo dejó de juguetear con el objeto que tenía entre las manos y sintió un intenso calor recorriendo todo su cuerpo. Tratando de disimular la conmoción y de aparentar una tranquilidad que no tenía, contestó:

—Lamento haberlo hecho, tío.

Dédalo guardó silencio, dejando a su sobrino medir las palabras y esperando que su respuesta no intentara esquivar la verdad. Pero Talo, incapaz de mentir y extrañado de que su tío lo hubiera averiguado tan pronto, lo sorprendió con una pregunta.

—¿Cómo lo has sabido? Estoy convencido de no haber dejado rastro alguno.

Ambos hombres, dominados por el temperamento inquisitivo de los artistas, parecían más intrigados por descubrir la forma en que había logrado su objetivo cada uno de ellos.

—En esa habitación se guardan los secretos de mi talento, así que no puede sorprenderte que haya ideado la manera de saber si alguien, a pesar de la cerradura, consigue entrar —dijo Dédalo orgulloso. Luego dirigió un gesto serio a su sobrino—. Contesta a mi pregunta.

Talo pareció entristecerse de repente. Los rasgos de su rostro se apretaron, sus ojos se empequeñecieron un poco y su voz sonó débil.

—Solo quería ver con mis propios ojos los secretos de tu ingenio. Toda la ciudad sabe que esa parte de tu taller es el lugar donde se hallan los secretos de un dios del arte.

Dédalo se sintió halagado y su gesto se dulcificó, aunque no por ello su enojo remitió del todo. Puso la mano sobre el hombro de su sobrino.

—No has hecho bien, Talo. Quizás más adelante, llegado el momento, te hubiera mostrado esos secretos, pero ahora siento mi confianza traicionada.

—Lo sé y lo lamento —contestó el muchacho visiblemente nervioso—. Desde que mi madre puso en tus manos la tarea de enseñarme, he trabajado duro en el taller, he llevado a cabo todos tus encargos, he pasado horas observando la habilidad de tus manos y el ingenio de tu mente, y nunca me he quejado de nada. He soportado todo eso con la única esperanza de conseguir ganar alguna vez esa esquiva confianza tuya, deseando que me mostraras no simplemente los trucos de un oficio, sino los secretos del talento, los caminos de la creación —Detuvo un momento el torrente de sus palabras. Con los ojos humedecidos, intentó sacar de su corazón el puñal que la indiferencia de su tío le había clavado desde hacía mucho—. Pero ya he aprendido a aceptar que nunca me enseñarás lo que deseo y que guardas las fuentes de tu ingenio como si pertenecieran a un dios cuyo culto ha de mantenerse velado. Por eso decidí que debía ser yo quien intentara averiguarlo por mí mismo. En ratos perdidos fui construyendo una herramienta capaz de forzar el cerrojo que protege la entrada de tu escondite y, por fin, la otra noche, me decidí a entrar en él. —Levantó la cabeza y miró a los ojos de su tío—. Me dejé llevar por la ansiedad

y por la rabia que me producía tu desprecio. Ahora me arrepiento y te pido perdón.

Talo estaba decidido a no hablar más. Dédalo había oído cada una de las palabras con una sensación ambigua: le daba la impresión de que el arrepentimiento del muchacho ocultaba cierta decepción tras su visita clandestina, y no pudo evitar una pregunta.

—¿Satisfizo tu ansia de saber lo que viste dentro de la sala? —dijo con un tono conciliador.

Los ojos del muchacho recobraron de pronto el brillo. Ingenuamente, con la inocencia propia de sus años, creyó que su tío era sincero al cambiar el rumbo de la conversación.

—¡Por supuesto! —dijo sin rodeos—. He visto cosas maravillosas en esos estantes, aunque algunas de ellas ni siquiera logro comprender para qué sirven; otras, solo pude espiarlas por un instante, pues la tormenta, el miedo y los remordimientos me impidieron quedarme allí más tiempo. —Sin darse cuenta del territorio en el que se internaba, cambió el gesto de su cara y el tono de sus palabras cuando le pasó por la mente una pregunta que no supo evitar y que lanzó como si careciera de importancia—. ¿Por qué tienes cosas mías guardadas en esa habitación? Algunas de ellas incluso las había ya olvidado. ¿Has pensado hacer algo con ellas?

Sorprendido por la ingenuidad con que su sobrino abordaba aquella cuestión tan delicada para él, Dédalo hizo un esfuerzo por seguir dominando el rumbo de la conversación.

—Algunas veces creo que no valoras justamente tu talento. He visto cómo diseñabas y construías objetos valiosos que, poco después de crearlos, abandonabas en cualquier parte. Algunos de ellos los he recogido y guardado en mi

habitación, con la esperanza de conservarlos y entregártelos más adelante —El muchacho le miró con una sonrisa de agradecimiento—. Hay un vaso de cerámica que pintaste hace tiempo. En él se ve a un muchacho que vuela a lomos de un águila sobre una ciudad que parece Atenas. ¿Lo recuerdas?

Talo asintió con el rostro iluminado y esbozó una amplia sonrisa.

—Siempre he soñado con volar —contestó llevado por el entusiasmo—. La imagen del ánfora es la misma que se repite constantemente en mis sueños. Me veo como un ave que extiende sus alas sobre Atenas, sobre el mar, acercándome al sol y al agua, dejando que el viento me envuelva. —Calló de repente y su rostro se entristeció, atrapado por la melancolía—. Es solo una fantasía.

—No lo es. —La voz de Dédalo resonó en los oídos del muchacho, nítida como el fogonazo de un relámpago, y antes de que su sobrino dijera una sola palabra, añadió—: ¿De verdad crees que estás preparado para conocer los secretos de mi talento?

◇◇◇

Era noche cerrada cuando llegaron a la acrópolis. Ya se habían aquietado las voces de hombres y perros y la alta luna, apenas insinuada sobre el oscuro cielo, guiaba los negros caballos de la noche. Desde la parte de la ciudad que limitaba con la ladera poniente de la ciudadela, desde el ágora o desde el cercano barrio del Cerámico, nadie hubiera reparado en las dos figuras que ascendían hacia la cima de la colina. Dos hombres, uno en la flor de los años, otro apenas un muchacho, caminaban

amparados por las sombras. Entre los dos llevaban un extraño objeto, una especie de máquina de la que se distinguían, nítidas, dos alas oscuras, negras como la noche.

Llegaron a la parte más alta de la colina y se dirigieron hacia el lado sur, desde donde, a lo lejos, la bruma del mar parecía envolver con su húmedo manto las temblorosas luces del puerto de Atenas. Dédalo se sentó tratando de recuperar el resuello, mientras Talo colocaba sobre el muro que protegía la entrada del recinto el extraño artefacto y dirigía la mirada hacia la ciudad, dormida a sus pies.

En su interior, la excitación le había comprimido el estómago. Sentía los latidos de su corazón por todo el cuerpo, notaba cómo los nervios le atenazaban el entendimiento, pero, a la vez, un extraño bienestar lo invadía por completo. Al fin y al cabo, estaba a punto de hacer realidad su sueño más hermoso de la mano de quien había admirado desde siempre. Con los ojos acostumbrados ya a la oscuridad, veía las fachadas de algunas casas, las luces de las antorchas del ágora agitándose al compás de una brisa suave, ideal para lanzarse hacia el reino de las aves, y el lejano contorno de la llanura que conducía hasta la costa. Respiró hondo, intentando atrapar cada instante de aquella noche mágica.

La mano de Dédalo en su hombro lo sacó de sus pensamientos.

—¿Estás completamente decidido, muchacho?

La voz de su tío sonaba débil, lejana, y Talo creyó percibir en ella un punto de duda.

—¡Claro que lo estoy! —exclamó—. Desde hace mucho tiempo que hubiera dado cualquier cosa por vivir lo que estoy viviendo ahora.



El cuerpo de Talo cayó a plomo en dirección a las rocas que sostenían la acrópolis.

Sintió que los dedos aflojaban la presión sobre su hombro y vio a su tío coger la máquina de las alas. Entonces, muy despacio, fue colocando sobre su cuerpo el maravilloso artefacto, consciente de que iba a vivir una experiencia que ningún otro ser humano había vivido jamás. Apretó las correas sobre su cintura, ajustó las hombreras con fuerza y notó sobre sus brazos la cálida caricia de aquellas plumas negras, suaves, entremezcladas con delicado plumón y pegadas a la estructura con alguna clase de cera flexible y fuerte a la vez.

Cuando ya estaba completamente preparado, Dédalo lo ayudó a subir sobre el muro. Los dos, perdidos en la negrura de la noche, dos sombras diminutas, invisibles sobre el negro horizonte, se miraron a los ojos. Talo notó un destello extraño en las pupilas de su tío, un fogonazo anaranjado que le recordó la mirada de un lobo. Dudó un momento pero, antes de que pudiera decir nada, sintió el seco e inesperado empujón.

Completamente desprevenido, su cuerpo cayó a plomo en dirección a las enormes rocas que sostenían la fortaleza de la acrópolis. Aterrorizado, desplegó los brazos y, de pronto, notó que su cuerpo recuperaba el equilibrio, experimentando el increíble placer de sentirse sustentado por aquellas maravillosas alas, fruto del talento de su tío. Pero fue solo un instante. Mientras giraba la cabeza en todas direcciones, como un águila oteando el paisaje, notó que el equilibrio entre su cuerpo y el aire se rompía.

Sus miembros se hicieron pesados, las alas le parecieron un juguete insignificante e inútil y el viento comenzó a silbar en sus oídos a medida que descendía a toda velocidad

hacia el suelo de Atenas. Mientras chocaba contra la tierra y notaba el crujido de su cuerpo, quebrado por el golpe, Talo cerró los ojos con fuerza y tuvo la sensación de que su alma, entristecida y malograda, abandonaba su cuerpo para volar, al fin, en un viaje eterno, sin retorno.

3

La maldición de Pérdix

La nave había dejado ya el abrigo de las islas y navegaba en mar abierto, impulsada por un viento favorable del norte. La proa rasgaba dulcemente la superficie de las aguas y las olas, entrando por la popa, parecían llevar en volandas aquel barco ateniense, cuya misión era conducir al exilio a un asesino.

Dédalo había sido descubierto por casualidad cuando se disponía a enterrar el destrozado cuerpo de su sobrino, intentando con ello encubrir el crimen con la apariencia de una desaparición. Había llevado el cadáver a un lugar solitario, al sur de Atenas, donde no había más que algunas minas abandonadas, chozos de pastores y, diseminados por el llano, apriscos para proteger a ovejas y cabras de las fieras. Salió de la ciudad cuando las primeras luces teñían de rosa las sombras de la noche; iba montado en un carro cargado con algunas de las herramientas que solían utilizar los canteros para desprender los bloques de mármol, como si se dirigiera,

igual que cualquier otro día, a supervisar la labor de quienes trabajaban para él en las canteras situadas en las afueras de la ciudad.

Dentro del carro, cubierto con un saco y rodeado de deshechos de mármol, el cuerpo de Talo, roto por el terrible golpe, se agitaba al compás de las irregularidades del camino, como si intentara defenderse de la desgracia que, en su último viaje, lo llevaba a un lugar desconocido, lejos de su casa, lejos del calor de la presencia de sus padres, sin honras fúnebres, sin que nadie pronunciara sobre su tumba las palabras del tránsito a la otra vida.

Ninguno de los guardias percibió nada extraño cuando el carro cruzó una de las puertas de la ciudad. Era la hora en que los campesinos comenzaban a llegar para vender sus productos en el ágora, y, en torno a las puertas, la actividad parecía desperezarse con el nacimiento del nuevo día. El carro de Dédalo era uno más de los que entraban y salían de la ciudad cargados con los materiales propios de ceramistas, canteros, campesinos, comerciantes y ganaderos.

Pronto se desvió del camino y enfiló hacia una colina yerma, en cuyas laderas abundaba toda clase de arbustos abrasados por el viento y el polvo desprendido de las rocas; a la naciente luz parecía un lugar extraño y solitario. Dédalo subió a mitad de la ladera y paró el carro junto a la incómoda abertura que daba acceso a una mina abandonada, excavada en la colina. Una vez franqueada la entrada, un túnel llevaba en línea recta a las entrañas de una tierra húmeda y fría donde el agua, filtrada a través del techo y las paredes, había formado un pequeño arroyo que parecía fluir hacia el mismísimo reino de Hades. Se trataba de una mina de mármol desatendida hacía tiempo, pues el exceso de humedad y las filtraciones amenazaban con derrumbarla.

Se internó en el túnel con el cadáver de Talo en los brazos, dispuesto a dejarlo en uno de los recovecos de aquella galería de la que, en otro tiempo, había extraído muchos bloques para sus estatuas. A los bordes del húmedo sendero, piezas sin tallar se acumulaban todavía, como si esperaran inútilmente ser transportadas al taller del artista. Cuando llegó a la primera bifurcación del pasadizo, la luz del exterior desapareció por completo. Dejó el cuerpo en el suelo y encendió una antorcha: el fuego iluminó entonces la oscura garganta de la mina y Dédalo vio en las paredes los restos de los antiguos candiles.

Encendió varios con la antorcha. Delante de él había una oquedad grande excavada en la misma roca, sobre la que aún se veían los restos de algunos jergones y las brasas apagadas de una hoguera. Dio un paso atrás, impresionado al contemplar el lugar en el que habían dormido los hombres condenados a extraer el mármol para las esculturas, y creyó ver ante él ese otro lado de su arte; la realidad que nunca habían visto ni él ni ninguno de sus conciudadanos, admirados al contemplar las maravillas de artistas y escultores.

Las obras nacidas de su talento emergían también de aquella mina y de otras muchas como aquella, lugares sórdidos, oscuros, húmedos y fríos en que esclavos y prisioneros de guerra trabajaban sin descanso, sin ver la luz del sol, robando a la tierra aquellas piedras blancas que acabarían transformándose en obras de arte. Dédalo sintió un escalofrío intenso, profundo, imaginando las interminables jornadas en aquel mundo subterráneo que convertía a los hombres en animales ciegos.

Intentó sacar aquellos pensamientos de su mente y decidió dejar a Talo en uno de los dormitorios excavados en la pared de la galería. Despejó de polvo y esquirlas de mármol uno de los escalones que habían servido de lecho a los esclavos y tomó del suelo una manta raída para tapar con ella el cuerpo de su desdichado sobrino, como si aquel gesto pudiera mitigar en parte el dolor que, en ese momento, atrapaba su ánimo.

Cogió el cadáver, algo rígido ya, y lo depositó sobre el frío lecho. Colocó con dificultad los quebrados brazos en posición recta, juntó las piernas rotas y tapó el cuerpo entero con el desbaratado manto. Durante unos segundos contempló el bulto informe, el cuerpo maltrecho de su sobrino, y un pinchazo agudo se le clavó en el pecho. Casi sin darse cuenta, las lágrimas le inundaron los ojos y se deslizaron por sus mejillas en un torrente incontenible. Cayó de rodillas sobre el duro suelo y notó las afiladas esquirlas del mármol clavándose en su carne, pero no era su cuerpo lo que le dolía.

El arrepentimiento atrapó su alma y la sacudió por completo. Tomó en sus manos la helada mano de su sobrino y sintió en ella el implacable frío de la muerte; echó sobre ella su aliento, la frotó contra sus mejillas, maldiciendo que todo su talento, todo su poder le permitiera dar vida a los bloques de piedra y, sin embargo, no sirviera para insuflar algo de calor a los helados miembros de Talo. Le vinieron al recuerdo los días en que llegó al taller, las horas de trabajo, su ansia permanente por aprender, pensó también en su inmenso talento, en la sencilla genialidad de sus obras, y sintió sobre su alma el terrible peso de su muerte.

Dejó la mano de Talo sobre la fría piedra y la tapó con cuidado. Por un momento la calma pareció volver a su espíritu, e intentó concentrarse en no dejar ningún rastro, ninguna huella que pudiera delatarlo. Cubrió el cuerpo con restos desperdigados de mármol y, a la luz de la antorcha, comprobó que estaba completamente oculto. Después de contemplar un rato el deshumanizado bulto, incapaz de separarse de él, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo abandonó.

Se disponía a ir apagando los candiles de las paredes cuando oyó voces al otro lado del recodo. Aterrorizado, comprendió que la luz o la presencia del carro a la entrada debían de haberlo delatado ya y se sintió paralizado. Por su mente pasaron mil imágenes, mil ideas sucesivas, pero no consiguió mover sus miembros ni aliviar la sensación de pavor que lo atrapaba. Mientras las voces se iban acercando, una idea, un sentimiento lo envolvió: el peso del horrible crimen, el horror por haber manchado sus manos con sangre de su propia familia, los remordimientos por haber truncado la vida de un artista excepcional y, sobre todo, la conciencia de que la envidia y los celos ante el genio de su sobrino habían sido la causa de su cruel comportamiento le parecieron una carga insoportable.

La convicción de que solo había una manera de limpiar su cuerpo de aquel hedor le infundió un coraje nuevo y extraordinario. Conscientemente, comenzó a andar hacia el recodo del túnel, dirigiéndose sin dudarlo al lugar del que provenían las voces. Al salir de la oscuridad, vio a tres hombres sucios, con ropas andrajosas, amarrando con cuerdas algunos de los bloques de mármol abandonados, dispuestos

a llevárselos. Dédalo pensó en su miserable aspecto y en la terrible necesidad que los empujaba a desafiar el riesgo de un derrumbamiento con tal de sacar de aquel lugar abandonado unos pocos trozos de la preciada piedra.

Enfrascados en su dura tarea, aquellos hombres tardaron en reparar en su presencia. Cuando, por fin, lo miraron, creyeron ver a un competidor sorprendido en un territorio que no le correspondía, abandonaron su faena y se pusieron en guardia, sin saber muy bien qué hacer ante aquella aparición imprevista.

—Soy Dédalo. —Aquel nombre asombró a los tres intrusos, que retrocedieron un paso—. No tenéis nada que temer de mí, sino al contrario. —Los miró a los tres, sucesivamente, despacio, con el rostro y el ánimo serenos—. Llevadme ante el arconte. Tengo un crimen que confesar.

◇◇◇

Delante de la proa del barco, la abrupta costa del norte de Creta se dibujaba entre la neblina de la tarde. A su derecha, Dédalo contemplaba el inmenso mar y el sol, a punto de esconderse tras las lejanas y misteriosas tierras del oeste. La nostalgia lo invadió mientras se preguntaba qué pueblos habitarían las costas del ocaso. Sin darse cuenta, su mente fue más allá del lugar al que el tribunal del Areópago le había confinado de por vida tras ser juzgado por el alevoso crimen de su sobrino.

Intentó desechar de su recuerdo los días transcurridos tras la madrugada en que fue descubierto por los tres pordioseros, aunque, ya lejos de Atenas, no podía olvidar sus sorprendidas caras y los imaginaba recorriendo todavía las minas

abandonadas, en busca de pedazos de mármol. Desde aquel encuentro fortuito, la percepción de la vida había cambiado por completo en el ánimo de Dédalo.

Mientras el navío continuaba su rumbo, creyó ver que la noche abrazaba el mar con sus manos oscuras y pensó que todo el mundo se vestía de luto; desde el cielo, las estrellas parecían lágrimas brillantes vertidas por los ojos de millones de testigos que, anclados en el éter, lloraban cada noche la muerte de Talo. Sintió, instalado en su alma, a un huésped indeseable y hostil, dispuesto a recordarle mientras siguiera vivo la horrible traza de su crimen.

Se sentó sobre la cubierta del barco y apoyó la espalda sobre un pequeño montón de cabos. Estiró las piernas, se tapó con un manto de lana y se abandonó al sueño, mecido por el suave balanceo de la nave y arrullado por el sonido de las olas venidas desde el norte, que, dulcemente, adelantaban al bajel y lo impulsaban en sus brazos hacia las costas del norte de Creta.

Cuando el cansancio lo venció, Dédalo volvió a verse envuelto por las imágenes de un mismo sueño, repetido cada noche desde el día de su juicio. Estaba de nuevo frente al tribunal del Areópago, ante el que no se había defendido, asumiendo su crimen. Entre la informe masa de rostros que asistía al pronunciamiento de su sentencia, aparecía con claridad, como si estuviera iluminada por la luz de una antorcha, el rostro de Pérdix, su desdichada hermana. El sueño le mostraba su rostro bañado por las lágrimas, el pelo ralo, arrancado por sus propias manos durante las ceremonias fúnebres celebradas tras la muerte de su hijo y, especialmente, el gesto de odio, la mirada vacía, los ojos inexpresivos, como

de reptil, con que le mostraba su imperdonable condena, más rigurosa y severa que la del propio tribunal.

No lo salvaron el hecho de haberse entregado o sus muestras de arrepentimiento; solo su fama y prestigio lo libraron de la muerte. Atendiendo a las numerosas obras que había donado a la ciudad, teniendo en cuenta que con su talento toda Atenas se había beneficiado, los jueces lo condenaron al exilio para siempre, sin posibilidad alguna de perdón. En el frío lenguaje de la sentencia, empero, no aparecía la palabra exilio, sino una sombría suma de términos jurídicos: confinamiento, proscripción, expatriación, abandono...

Su cuerpo se agitó, aguijoneado por las imágenes del sueño. El timonel del barco y el marinero de guardia lo observaban sin alarmarse por sus movimientos, pues estaban acostumbrados a verle sumido en un sueño inquieto. Mas aquella noche, la última antes de llegar a Creta, el que había sido el artista más famoso de Atenas parecía más agitado que de costumbre y, repentinamente, como si sus pesadillas lo atravesaran como una lanza, exhaló un grito lastimero que llenó, con su dramática esencia, los contornos del mar.

En su sueño, el artista recordaba el momento en que el cadáver de Talo había sido entregado al fuego de la pira funeraria, pues, antes de someterlo a juicio, le obligaron a presenciar la ceremonia y a soportar la visión de su sobrino devorado por las llamas. Cuando el fuego completó su trabajo, vio cómo le dieron a su hermana una pequeña urna con las cenizas de su hijo.

Entonces Pérdix se acercó al lugar donde él se encontraba y con el gesto duro y los ojos vidriosos, le lanzó una terrible

maldición. Sus palabras fueron claras, y su boca las pronunció despacio, regodeándose en cada una de las sílabas:

—¡Que las erinias vengadoras de mi hijo te persigan allá donde vayas y no te dejen vivir tranquilo ni un solo instante de tu vida! ¡Por los dioses del inframundo, yo te maldigo, hermano! ¡Que ellos hagan que tengas un hijo y lo veas morir sin poder honrarlo con las ceremonias fúnebres!

Dédalo se despertó empapado en sudor. Abrió los ojos y, a la luz del sol naciente, vio a lo lejos la bocana del puerto de Cnosos.

◇◇◇

La vida del artista ateniense cambió por completo en cuanto llegó a la isla de Creta, pues, debido a su fama, fue bien recibido por el anciano Asterión, rey de la ciudad de Cnosos, y por su esposa, Europa, aquella que un día fuera arrebatada de la playa de Tiro por un toro majestuoso del que muchos decían que era el mismísimo Zeus. En el salón del trono del palacio, rodeado por todos los cortesanos, Dédalo volvió a sentir todas las miradas clavadas en su rostro y percibió en el gesto del soberano y su reina el punto de admiración que, en otro tiempo, había despertado en sus conciudadanos atenienses.

Con el paso de los días, a medida que se entregaba por completo a su nuevo papel de arquitecto real, los recuerdos de su tortuoso pasado fueron desvaneciéndose.

En contacto con los artesanos cretenses, Dédalo aprendió nuevas técnicas, diseños diferentes y, con el transcurso del tiempo, su ingenio despertó de su largo letargo. Lleno de alegría y de esperanza, comprobó que su agotada creatividad renacía, pujante y renovada, y empezó a llenar los estantes de su

taller. Su personalidad se afianzó a la vez que sus manos daban forma a nuevas ideas, y nuevos proyectos colmaron de luz el sombrío espacio de su ánimo hasta transformarlo en un hombre seguro de sí mismo, confiado y henchido de esperanza.

Una tarde de otoño se extendió la noticia de que Asterión había muerto. Por toda la ciudad cundió el desánimo, pues el rey tenía tres hijos varones, deseosos todos de sucederlo en el trono. Ninguno era fruto de su sangre: Europa los había parido después de haber sido preñada, según se afirmaba, por el mismo Zeus y, desde entonces, nadie en Creta se había atrevido a contradecir esa historia, ni siquiera el propio Asterión, que había criado a los niños como si hubieran nacido de su sangre.

El día del funeral amaneció gris y lluvioso. Justo después de que los restos de Asterión recibieran acomodo en el interior de la tierra, el pueblo de Cnosos asistió perplejo a un suceso extraordinario que sirvió para proclamar rey a Minos, el más osado y ambicioso de los tres hijos de Europa. Tras invocar a Poseidón, un toro espléndido, de maravillosas formas —que a muchos les recordó al que había raptado a su madre—, surgió del mar y mugió justo delante de Minos, haciendo que todos, incluidos Sarpedón y Radamantis, sus dos hermanos, lo aceptaran como rey. Un monarca por la gracia de los dioses.

El nuevo rey adoptó a Dédalo como arquitecto y le encargó toda una serie de obras que, con el tiempo, transformaron la faz de Cnosos para siempre. Complacido por la confianza del monarca, el ateniense se entregó por completo a su trabajo: construyó nuevos recintos en el palacio, instaló salas de baño en las dependencias de la reina y dotó al



Un toro espléndido surgió del mar, haciendo que todos aceptaran a Minos como rey.

edificio de un sistema de tuberías que conducían las aguas de lluvia hacia los depósitos dedicados al consumo y las sucias hacia los arroyos de las afueras. En poco tiempo, la ciudad se llenó de nuevas construcciones y todo el mundo hablaba de aquel hombre reservado, llegado del otro lado del mar, que estaba dotado de un talento prodigioso.

Además, construyó su taller muy cerca del palacio, en la zona dedicada a los artesanos del barro y el metal. Igual que en Atenas, el edificio despertó la admiración de todos, pues era un gran espacio luminoso en el que el sol parecía acariciar con sus haces de luz paredes y rincones; el renombre del artista no paraba de crecer.

Se pasaba muchas horas en el taller y, como en Atenas, se complacía en observar la caída de la tarde, intentando captar con sus sentidos la hermosa luz del ocaso. Se sentaba en el patio, en cuya pared norte había apoyado los muros de su casa, rodeado de estatuas a medio acabar. Algunas tardes charlaba largas horas con Náucrate, la madre de su hijo, una esclava cedida por Asterión y que Minos le había regalado para siempre.

Era una mujer hermosa y discreta, cuyo origen nunca fue capaz de descubrir. Nacida de esclavos, había sido arrancada muy pronto de los brazos de su madre y no había conocido otro horizonte que los límites del palacio de Asterión, ni otro mundo que el del servicio permanente a sus amos. Dédalo se vio muy pronto atrapado por sus hermosos ojos verdes, su sonrisa melancólica y su cabello negro, brillante e indomable, y, en poco tiempo, sintió por ella un cariño tan profundo que se atrevió a pedírsela al rey.

La presencia de Náucrate dio a su vida una estabilidad desconocida hasta entonces. A veces, sin que ella se diera

cuenta, se complacía en verla limpiar la casa, hacer la comida o en oírla cantar con su dulce voz melodías extrañas a cuyo ritmo parecía deslizar los pies y hacer volar sus pesarosos recuerdos; sentía por ella una atracción impetuosa, nacida de su propia soledad y alimentada por la profunda melancolía de la muchacha.

Durante mucho tiempo la respetó, sin atreverse a quebrar por causa de su deseo la dulce atmósfera de su presencia. Pero, años atrás, una tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y una luz cálida y suave inundaba los contornos del palacio, la sorprendió desnuda, lavando su cuerpo, acariciado por los últimos flecos de la luz del sol. El pinchazo del deseo lo atrapó de inmediato y, por primera vez, hizo uso de sus prerrogativas de amo. Se acercó a la muchacha y se dispuso a poseerla allí mismo. Sentía una urgencia repentina, como si en aquel momento se concentrara toda la necesidad de afecto que había ido acumulando desde el primer día de su destierro.

Náucrate pareció notar su ansiedad y, con calma, con una suavidad exquisita, lo miró a los ojos y, sin decir una sola palabra, le procuró con sus caricias y sus besos mucho más que un íntimo consuelo. El cuerpo de Dédalo viajó a un mundo ignorado, poblado por sensaciones desconocidas que iban mucho más allá del placer físico; su alma de artista se unió por completo a la de aquella esclava cuyo cuerpo de ola descargó sobre él toda la fuerza de un mar tranquilo y cálido en el que se sintió sumergido durante los instantes más felices de su vida.

Aquella tarde mágica se prolongó durante otras más y pareció perpetuarse el día en que Náucrate le confesó que

estaba embarazada. Fue un momento de dicha y de esperanza, y Dédalo no pudo evitar imaginarse enseñando su oficio, mostrando los secretos de su arte a su propio hijo. Se sintió pleno, feliz, agradecido, y creyó que los dioses estaban dándole la oportunidad de reparar, tan lejos de Atenas, sus viejos errores.

El día en que su hijo nació, recibió el nombre de Ícaro. Lo tuvo en sus brazos, lo contempló durante horas y pensó que se establecía entre ellos un vínculo poderoso e intangible. Mas, al contemplar su rostro, notó un tenue escalofrío, como si una corriente de aire helado hubiera penetrado de repente en la habitación. Fue solo un momento, pero Ícaro abrió los ojos mientras su pequeña boca se torcía en una mueca extraña, y todo su cuerpo se sacudía en un llanto convulso y estremecido.

Dédalo dejó a su hijo en brazos de su madre. Al salir de la habitación, el recuerdo del rostro de su hermana, olvidado desde hacía tiempo, se le apareció con nitidez, y las palabras de su maldición resonaron en su memoria.

◇◇◇

A pesar de aquellos presagios, Ícaro creció con normalidad en el taller de su padre. Rodeado de los objetos creados por el talento de su progenitor y acostumbrado desde muy pequeño al olor de los hornos, su vida iba transcurriendo en calma, aunque nunca mostró propensión al trabajo con barro o metal. Sin embargo, desde muy temprano se sintió atraído por la madera: la ductilidad de aquel material, los olores de las resinas y la sensación de calidez que le producían los objetos tallados hicieron que el muchacho se inclinara hacia ese tipo de trabajo, de manera que en muy poco tiempo desarrolló una habilidad digna de su padre. Dédalo solía complacerse observando los progresos de su hijo y, a través de ellos, se veía a sí mismo y recordaba los perdidos días de su adolescencia.

Fue por aquel entonces cuando falleció Asterión. El día en que Minos accedió al trono, Ícaro era un muchacho sano y feliz, entregado por completo al trabajo de la madera. Había conseguido ya cierta notoriedad, debida sobre todo a la fama de su padre y a la posición de este en la corte del rey. Con su ayuda, había diseñado hermosos muebles y estructuras innovadoras y extraordinariamente sólidas, y había conseguido que las nuevas construcciones del palacio se sostuvieran sobre sólidas columnas de madera nacidas de su genio.

Dédalo parecía haber encontrado en Creta la calma y la felicidad que nunca tuvo en Atenas. Mas una mañana, los malos presagios renacieron. Mientras Minos celebraba una ceremonia religiosa en honor a la Madre Tierra, decidió quedarse en el taller dando forma con un escoplo a una nueva plomada de madera. Entonces, repentinamente, una mujer entró sin llamar a la puerta y lo miró a los ojos con el rostro desencajado.

Antes de poder pronunciar una sola palabra, Dédalo se dio cuenta de que ante él estaba Pasífae, la reina de Cnosos.

4

UN HILO PARA SALIR DE UNA TUMBA

La petición de Pasífae había helado la sangre en sus venas. La reina se había mostrado fría y autoritaria, pero firme al advertirle que debía llevar a cabo en absoluto secreto un trabajo muy especial, extraño, del que respondería con su vida. Dédalo la había mirado con reticencia y temor, sabiendo que se encontraba ante una situación sin salida. Aunque desconocía la razón de aquel insólito encargo, comprendía perfectamente que el secreto con que debía llevarlo a cabo ocultaba razones inconfesables.

Durante toda la noche dudó. ¿Debía decírselo al rey? ¿Cumpliría la reina su amenaza si él informaba a su esposo de aquel extraño proyecto? ¿Conservaría el favor del rey si no lo hacía? La incertidumbre le corroía el ánimo. De madrugada, cuando el sol ni siquiera se insinuaba en el horizonte, tomó la decisión de obedecer a Pasífae; estaba convencido de que aquella mujer desesperada cumpliría su amenaza.

Trabajó en los establos día y noche, sin descanso, en una caballeriza a la que, como en Atenas, dotó de una puerta cuya cerradura cedía solamente ante una única y compleja llave. Sumergido en el trabajo, sin volver a sopesar los peligros que lo acechaban, Dédalo se entregó a la fascinación que le procuraba el proceso de creación. Puso en juego toda su capacidad para complacer a la reina: utilizó pieles, maderas, cueros perfectamente curtidos y ceras especiales, producto de su ingenio, con las que unió los elementos de manera prodigiosa y, cuando hubo terminado el trabajo, él mismo se admiró al contemplarlo; un fogonazo de autocomplacencia colmó su permanente vanidad.

Con todo a punto, dejó que su cabeza se concentrara de nuevo en las intenciones de Pasífae. Comenzó a hacerse las preguntas que, en los días anteriores, sumergido por completo en su trabajo, había evitado. Observó su obra e intentó adivinar las razones que podían haber llevado a la reina de Cnosos a encargarle una máquina como aquella. Poco a poco, una sucesión de imágenes se fue formando en su cabeza.

Desde otra estancia de los establos llegó hasta él un mugido vibrante. Era el toro que había enviado Poseidón el día de la proclamación de Minos como rey de Cnosos. Aunque el monarca había prometido sacrificarlo en honor del dios, al que debía el trono, no había cumplido su palabra y, en su lugar, había inmolado al mejor ejemplar de su cabaña, deseando poder quedarse con el toro del mar sin que el dios percibiera el engaño. Poco a poco, Dédalo fue tejiendo en su cabeza la complicada trama que explicaba el trabajo ordenado por Pasífae.

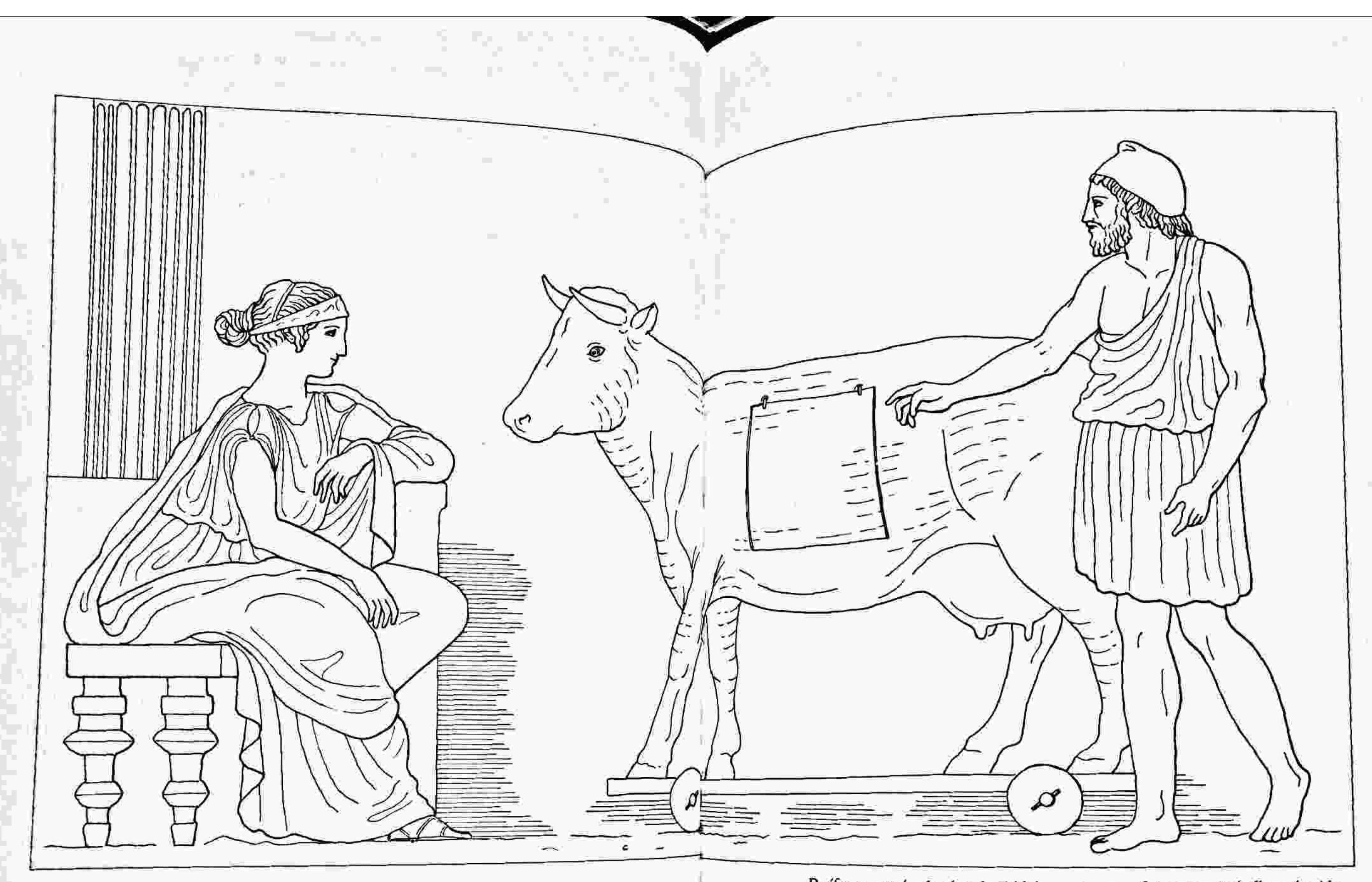
Cuando la reina entró en el establo no dijo una sola palabra. Fuera, la noche se había adueñado del palacio y el silencio lo llenaba todo. Dédalo vio reflejados en el rostro de Pasífae todos los rasgos de la locura amorosa: lascivia, melancolía, dicha, dolor y, sobre todo, deseo; un deseo irrefrenable por ser poseída, por entregarse al ser que había despertado en ella todos esos sentimientos y sensaciones.

Pasífae se acercó a la obra de Dédalo. En verdad, pensó, la fama del artista ateniense estaba plenamente justificada: ante ella, una vaca perfecta parecía latir llena de vida. Acarició su piel, se recostó en sus costados, notando la tersura del pelo, el tibio calor de la carne y la sensación de vida que se desprendía de sus ojos oscuros. Dio una vuelta alrededor de aquella máquina viva y comprobó despacio los contornos de la vulva, abierta y húmeda, como si aquel entramado de madera y pieles latiera con el mismo impulso de su deseo.

Dédalo no tuvo entonces ya ninguna duda. La mirada de la reina era como un manantial cristalino.

—Detente, reina Pasífae. El dios de las aguas está utilizándote para vengar el engaño del rey —acertó a decir. La mujer volvió su rostro, pero no emitió sonido alguno, como si aquel hombre fuera un insecto, un ser insignificante cuyas palabras no tuvieran importancia alguna—. Soy un servidor leal de tu casa, reina, y un hombre completamente agradecido a ti y a tu marido —añadió Dédalo—. Todavía estás a tiempo de echarte atrás y no hacer algo irreparable.

Pasífae pareció volver en sí de repente. Se dio la vuelta, endureció el rostro y habló de modo maquinal.



Pasífae se acercó a la obra de Dédalo: una vaca perfecta que parecía llena de vida.

—No te atrevas a interferir, ateniense. No te atrevas.

Inmediatamente mudó la expresión, de nuevo sus ojos se llenaron de fuego y la recta línea de sus labios se curvó, humedeciéndose.

—¿Cómo conseguirás que el toro se encele?

Dédalo no dijo nada más. Untó la grupa de su máquina con el contenido de un recipiente depositado en el suelo; un olor dulzón y espeso inundó la cuadra.

—Libera al toro —ordenó la reina con sequedad.

Obedeció, convencido de que Poseidón estaba derramando sobre Cnosos un mar de desdichas. Con el rostro entristecido vio cómo la reina se introducía en el interior de la vaca, empujada por una fuerza incontrolable, y oyó el retumbar de las pezuñas del toro al entrar en el recinto. El animal se alzó sobre sus cuartos traseros y montó con furia a la vaca; el sibilante estruendo de sus bufidos se mezcló con los gritos de Pasífae, entregada, por fin, a su irrefrenable pasión.

Dédalo salió del recinto invadido por una atroz melancolía, convencido de que su vida comenzaba a girar, de nuevo, hacia el torbellino de un violento futuro.

◊◊◊

El reino de Minos crecía sin parar. Sus dominios habían llegado a extenderse hasta el otro lado del mar y la prosperidad parecía garantizada por muchos años. La reina se comportaba con normalidad, sin que sus palabras o sus gestos mostraran el más mínimo síntoma de lo que había sucedido aquella noche fatídica.

Dédalo siguió trabajando sin descanso, refugiado en su taller. Sin embargo, no podía olvidar esa imagen, los sonidos, el olor del establo, los ollares entreabiertos del toro…

Un día de invierno, la noticia corrió como un torrente de agua por todo el palacio. El embarazo de la reina había culminado, pero no había dado a luz al esperado heredero, sino a un monstruo biforme de cuerpo humano y cabeza de toro. Dédalo estaba aterrorizado, convencido de que la furia del rey caería sobre él con toda su violencia, y pensó en la posibilidad de huir de Creta. La maldición de su hermana se le metió otra vez en la cabeza, carcomiendo su mente día y noche.

No había pasado ni un día desde el nacimiento del monstruo cuando dos guardias fueron a su casa con la intención de llevarlo ante el rey. Los siguió, sumiso, y entró en el salón del trono con la mirada baja, esperando una sentencia dura e inapelable.

—La reina me lo ha contado todo —le dijo Minos.

No había odio ni rencor ni violencia en sus palabras. A lo largo de la conversación, el monarca se mostró comprensivo y concedió su perdón al artista, aceptando sus razones y entendiendo que no había tenido elección. Sin embargo, su clemencia no estaba libre de condiciones. La primera de ellas fue clara: no admitiría otra traición. La segunda encendió la imaginación del artista. Minos le encargaba la construcción de un lugar en el que encerrar al monstruoso hijo de Pasífae. No era capaz de matarlo ni creía prudente encarcelarlo en alguna prisión de la que tal vez pudiera escapar. Quería apartarlo de su vista, olvidarlo, confinándolo en algún lugar del que fuera imposible salir. Una tumba para un ser vivo.

Cuando llegó al taller, Dédalo corrió hacia el lugar en que todavía guardaba algunas de las piezas construidas en Atenas

en los lejanos días de su infancia. Se dirigió de inmediato a una maqueta muy antigua, que reposaba en uno de los estantes, llena de polvo. La cogió en sus manos y, sonriente, la contempló despacio: era un edificio de tres plantas erigido alrededor de un patio rectangular. Debajo del primer piso, la intrincada red de pasadizos, cruces, túneles y recovecos apareció delante de sus ojos como una imagen premonitoria. Aquella maqueta vieja, surgida de su mente de niño, era el plano perfecto, la reproducción exacta de lo que le había pedido el rey Minos.

Se puso a trabajar sin perder un instante. Cada día, con ritmo frenético, supervisaba las obras, rectificaba los planos, recorría las galerías y, al llegar la tarde, rendía escrupulosas cuentas al rey en relación con el estado de los trabajos. Así lo hizo jornada tras jornada hasta que todo estuvo a punto; entonces, el mismo soberano comprobó el insólito tipo de construcción que Dédalo había creado. Ordenó que uno de los obreros se internara en aquel entramado de pasadizos y comprobó complacido que, al poco tiempo, aquel desdichado gritaba preso del terror, incapaz de encontrar de nuevo la salida. El monarca hizo un gesto de asentimiento a Dédalo y ordenó a los guardias que introdujeran al monstruo, al que toda la ciudad llamaba Minotauro, el toro de Minos.

Después de aquel día, en el palacio del rey se sucedieron años de tranquilidad. Con el fruto de los horrendos amores de su esposa sumergido en aquel laberinto, el soberano pudo al fin descansar. Fue una época de viajes en los que trataba de consolidar su dominio sobre el mar y sobre los pueblos que habitaban sus costas, confiando los asuntos internos y el cuidado del Minotauro a un grupo de funcionarios de su confianza.

Entretanto, Dédalo siguió refugiándose en la relación con su hijo y en el trabajo. Pasaba la mayor parte del día enfrascado en nuevos proyectos. Sin embargo, muchas noches, cuando todo estaba en silencio e intentaba conciliar el sueño, ruidos extraños, surgidos del laberinto, asaltaban su mente como guerreros emboscados que atacan por sorpresa. Algunas veces los gritos eran muy nítidos y parecían penetrar en su casa a través del mismo suelo.

Una noche, desvelado por los ruidos procedentes del laberinto, decidió investigar. Salió de su casa y se internó en las sombras de las callejuelas del barrio de los artesanos. No había luna en el cielo. Cuando estaba a punto de llegar a una de las entradas de la construcción, le pareció oír un ruido cercano: gritos ahogados, golpes, pasos arrastrados sobre la tierra. Pegó su cuerpo a una pared y contuvo la respiración.

Un grupo de soldados conducía hacia el interior a cuatro prisioneros. A la luz de las antorchas, vio sus manos atadas a la espalda y reflejadas en sus rostros las huellas del cansancio, los golpes y el miedo. Estaba a punto de salir de su escondite cuando un mugido aterrador emergió del interior de la tierra. Los prisioneros intentaron frenar sus pasos, gritando palabras en una lengua desconocida, pero los soldados los arrastraron sin contemplaciones.

Por la mente de Dédalo cruzó una idea terrible: aquellos desdichados prisioneros eran comida, pasto para el Minotauro. Concentró su mirada en la escena que tenía ante sus ojos y, amparado por la negra noche, siguió a la patética comitiva con el sigilo de una sombra. Al llegar a la entrada del laberinto, uno de los guardias llamó a la puerta. Enseguida se abrió un portillo, proyectando un haz de luz amarillenta

sobre el negro antifaz de la noche; cuando todos, soldados y prisioneros, estuvieron dentro, la puerta se volvió a cerrar.

Un profundo silencio lo llenó todo, pero Dédalo fue incapaz de moverse del lugar en el que estaba. Contuvo la respiración, aguzó el oído. En unos momentos, el horrible mugido se oyó de nuevo, seguido de gritos agudos, entrecortados; el ronco y húmedo estertor de una víctima capturada por un hambriento depredador.

Salió corriendo presa de una agitación incontenible: el corazón le golpeaba el pecho como un cómitre marcando sobre un tambor el ritmo de una boga de ataque; una multitud de pequeños puntos de luz poblaban su visión mientras un sudor frío y viscoso empapaba su frente. Cuando llegó al taller, se detuvo en el patio, antes de entrar en su casa, tratando de asimilar lo que acababa de contemplar, mas no había duda.

Minos alimentaba al monstruo nacido de su esposa con carne humana.

∞

Durante mucho tiempo, Dédalo no pudo evitar vivir con la sensación de que había sido cómplice de un crimen y de que, con la construcción del laberinto, había satisfecho la necesidad de Minos, obsesionado por borrar de su presencia la prueba de su propio delito, pues, ahora, con el paso del tiempo, el monarca se daba cuenta de que, en realidad, él era el responsable de las desgracias que se habían abatido sobre su casa, y de que su esposa había sido, simplemente, un instrumento de Poseidón para vengar su engaño.

Dédalo había empleado todo su talento, todo su entusiasmo creyendo que, así, contribuía a reparar el error de haber

ayudado a Pasífae. Sin embargo, después de lo que había visto, se sentía como si él mismo hubiera dictado la sentencia de muerte contra aquellos infelices convertidos en pasto de la fiera. Día y noche sus pensamientos asaltaban su sueño, y los rumores llegados desde las entrañas del laberinto le recordaban que, en el interior de su conciencia, otro laberinto más inextricable, construido no por sus manos sino por sus actos, iba envolviendo poco a poco su alma.

Procuraba convencerse de su inocencia, repitiéndose que las órdenes de un rey y de una reina no pueden desobedecerse, pero no obtenía alivio a sus angustias. Una y otra vez se preguntaba, sin encontrar una respuesta, cómo podría reparar el daño que había causado.

Una mañana, cuando iba camino del palacio con la intención de supervisar algunos trabajos, un revuelo llamó su atención en el patio central. Una muchedumbre se estaba reuniendo en torno al lugar en que los mensajeros solían comunicar las noticias importantes del reino. Se acercó con curiosidad y preguntó a uno de los presentes cuál era la causa de tanta expectación. Así supo que una nueva desgracia se había abatido sobre la familia del rey.

El sol estaba en lo alto del cielo cuando el mensajero salió del palacio, después de haber informado a la reina y a su corte. Adoptó un tono firme y grave, intentando que sus palabras fluyeran diáfanas desde su garganta, aunque la preocupación se reflejaba en un leve temblor de sus labios. Cuando se hizo el silencio, su relato llenó de tristeza y de temor a todos los presentes: Andrógeo, uno de los hijos varones de Minos, había muerto cerca de Atenas, destrozado por un enorme toro que, al parecer, era el mismo que

Poseidón había hecho salir de las aguas el día de la entronización de Minos.

—Pero, oídme con atención, pues tengo la certeza de lo que os voy a revelar. —Las palabras resonaron con el peso de la ira—. El culpable de la desgracia es el rey de Atenas, Egeo, quien, con palabras engañosas, empujó alevosamente al bravo hijo de nuestro soberano Minos hacia una muerte segura.

La gente murmuró, nerviosa e indignada. Por encima de los rumores, el mensajero continuó: el rey había sido informado de la muerte de su hijo mientras realizaba una ceremonia religiosa en la isla de Paros e, inmediatamente, había ordenado que la imponente armada cretense pusiera rumbo hacia la ciudad de Atenas.

Dédalo escuchaba aquellas noticias que, después de tanto tiempo, traían el eco de su patria al lugar de su destierro. Emocionado al oír el nombre de la ciudad y de su rey, se acercó todo lo que pudo, intuyendo que aquellos sucesos habrían, por fin, de proporcionar una salida al sombrío laberinto de su mente.

El mensajero continuó con su relato anunciando que Atenas no había podido resistir el asedio y se había rendido finalmente a Minos, que, utilizando su doble derecho de padre agraviado y de monarca victorioso, había impuesto a la ciudad vencida un tributo ejemplar.

Dédalo sintió que un soplo helado envolvía todo su cuerpo al oír las últimas palabras del heraldo:

—Nuestro rey ha ordenado que, cada año, siete muchachos y siete doncellas de la nobleza ateniense sean enviados como tributo a Cnosos. Allí serán entregadas al Minotauro, para expiar, en cruento sacrificio, la muerte de su hijo Andrógeo.

No pudo seguir allí. Se abrió paso entre la gente y se dirigió con urgencia a su casa. Ya dentro del taller, cogió una silla, se sentó y clavó la mirada en el techo transparente. A través de él, las nubes cruzaban el espacio, apareciendo y desapareciendo en un lento desfile en el que algunos flecos se deshacían, tragados por el cielo. Trató de apaciguarse y, poco a poco, las sombras de sus pensamientos cedieron ante una atrevida y peligrosa idea.

¿Cómo podía encontrar la manera de hacer que la desgracia de Andrógeo sirviera para liberar a Cnosos de la horrenda presencia del Minotauro? Jóvenes de Atenas en forma de tributo humano se internarían en grupo en el laberinto, entregados a la bestia. ¿Tendrían alguna posibilidad de acabar con la fiera? ¿Cómo podría ayudarlos? ¿Podría ser que, con su intervención, liberara también a su patria del horrendo tributo?

Dédalo permitió que su cerebro inquisitivo encontrara respuesta a todas aquellas preguntas. Cerró los ojos e intentó relajar sus miembros mientras una cálida sonrisa iluminaba su rostro.

◇◇

Dédalo había acudido al puerto el día de la llegada de la nave que, por tercer año, traía a Creta el tributo humano impuesto por Minos. El propio rey estaba presente. Cuando el barco cruzaba la bocana del puerto, todos repararon en la extraña vela de color negro que los marineros recogían sobre la verga. Dédalo creyó ver en ello una señal de esperanza. Durante dos años había buscado entre los jóvenes atenienses que llegaban al puerto de Cnosos algún indicio, un gesto

en el rostro o en el cuerpo de alguno de ellos, pero no había detectado nada, excepto miedo, entrega, resignación. Los muchachos y las doncellas desembarcaban con las huellas de la derrota clavadas en cada uno de sus rasgos y, especialmente, en la triste sumisión de sus miradas; y Dédalo había comenzado a desanimarse.

Pero aquel día percibió la silueta de un halcón dentro de aquel grupo de asustadas palomas. Uno de los jóvenes mantenía el porte altivo, el rostro sereno, la actitud de alguien que no solo desecha el peligro, sino que desea enfrentarse a él. Aquel muchacho bajó de la nave con calma, desafiando con su mirada a todos los presentes, y Dédalo sintió una punzada en la boca del estómago.

El día de la ceremonia de propiciación, previa al sacrificio, Dédalo despertó presa de una gran excitación. Sus previsiones se habían cumplido finalmente, pues aquel joven que había visto en el puerto se había dado a conocer como Teseo, el hijo del rey Egeo. No tenía la más mínima duda de que aquel joven, del que se decía que había vencido al toro asesino de Andrógeo, acabaría, por fin, con la vida del Minotauro y con el bárbaro tributo impuesto por Minos. Ahora bien, aunque lograra llevar a cabo la inmensa gesta de derrotar a la bestia, ¿cómo lograría escapar del laberinto?

Durante la ceremonia buscó con desesperación la forma de acercarse a Teseo, pero le fue del todo imposible; una y otra vez se aproximó desde todos los frentes, pero los atenienses estaban inusualmente vigilados y controlados por los guardias, como si el rey hubiera percibido también una amenaza. Mas, cuando estaba a punto de rendirse, un descubrimiento inesperado cambió por completo la situación.

La peculiar expresión de un rostro femenino situado entre los miembros de la comitiva real, muy cerca del lugar de los prisioneros, llamó poderosamente su atención. Al ver ese gesto, comprendió enseguida que en él se encontraba la solución que llevaba buscando desde el comienzo de la ceremonia.

Se había fijado en Ariadna, la hija de Minos. En su semblante y en cada uno de los rasgos de su hermoso cuerpo, Dédalo vio la inequívoca luz del amor. Sus ojos, sus pómulos, sus manos, la agitada respiración la delataban. La princesa se había enamorado completa e irremediablemente de Teseo. En un instante, la inquisitiva mente del artista trazó un plan.

A la caída de la tarde se dirigió a las estancias reales. Su condición de persona de confianza, de arquitecto del rey, le permitía moverse con libertad por el palacio y todas sus dependencias. No le fue difícil pedir a una de las esclavas que hiciera venir a Ariadna, con el pretexto de querer mostrarle el estado de uno de sus encargos.

En un momento, la princesa estaba delante de él. Con un gesto hizo que la esclava se retirara unos pasos y, algo sorprendida, preguntó:

—¿A qué se debe tu visita, Dédalo?

El ateniense habló a toda prisa, decidido a no andarse con rodeos.

—No tenemos mucho tiempo. Mañana Teseo y los demás prisioneros serán entregados al Minotauro. Sabes muy bien que nadie es capaz de salir de ese edificio, pues con ese propósito expreso lo construí. —Ariadna se turbó visiblemente al escuchar el nombre del joven. Dédalo la tomó con cuidado



Dédalo sacó de su ropa un ovillo y se lo entregó a la sorprendida Ariadna.

del brazo, como si solo con ello la arrastrara a un lugar más privado, antes de pronunciar las palabras decisivas—. Sé que amas a ese muchacho. No tengo ninguna duda de que acabará con el Minotauro, pero no logrará salir sin ayuda. Yo no puedo acceder a él, pero quizá tú sí. Haz uso de todo tu poder y entrégale esto. —Sacó del interior de su ropa un ovillo y se lo entregó a la sorprendida muchacha—. Es una mezcla irrompible de lana entrelazada con oro. Dile a Teseo que ate un extremo a la entrada del laberinto y el otro a su cinturón. Que no lo pierda por nada del mundo, pues solo siguiendo este hilo podrá salir vivo de esa tumba.

Ariadna apretó el ovillo entre sus dedos. Sin darle tiempo a decir nada, Dédalo se marchó.

Cuando volvió a sus aposentos, la muchacha tuvo la sensación de que su vida comenzaba realmente aquella noche.

5

El vuelo de Ícaro

En el interior del laberinto todo era oscuridad. Dédalo conducía a su hijo de la mano entre los intrincados pasillos que él mismo había construido. El muchacho avanzaba inseguro, dejándose llevar por su padre e intentando inútilmente memorizar el recorrido.

—Tranquilo —le decía con frecuencia su padre—. Tengo en mi cabeza cada rincón de este lugar. No nos perderemos.

—¿Y de qué nos sirve no perdernos? —preguntó Ícaro, inquieto—. Nos vencerán el hambre y la sed, y no nos servirá de nada saber en qué lugar estamos cuando la muerte nos sorprenda.

Dédalo detuvo sus pasos y, apoyando las manos en los hombros de su hijo, lo miró a los ojos.

—Ícaro, confía en mí. Sé cómo salir de aquí.

Continuaron su marcha hacia el interior de aquel terrible agujero, en cuyos pasadizos todavía quedaban despojos de

los horrores pasados. Dédalo pensaba en el rostro de Minos, crispado y entristecido, al comunicarle que sería recluido en el laberinto en compañía de su hijo. Esta vez el rey había cumplido su palabra.

Cuando la guardia los condujo a ambos a una de las entradas, Dédalo había mirado un momento hacia atrás. Al ver la luz del sol, se sintió extrañamente tranquilo y, quizá por primera vez, orgulloso de sí mismo. Ayudando a Teseo a salir del laberinto había conseguido acabar por fin con el monstruo y, sobre todo, liberar a la patria que todavía amaba de un tributo indigno. Se sentía satisfecho, a pesar de que sabía muy bien que sus compatriotas nunca se lo agradecerían. Al entrar en aquel reino de sombras, había comprendido que nunca antes había llevado a cabo acción alguna sin esperar a cambio un reconocimiento expreso y público.

Llegaron a un recoveco muy poco iluminado, una suerte de receptáculo, donde un delgado fleco de luz penetraba por una abertura diseñada tan solo para que no se estancara el aire del interior. Dédalo se dirigió hacia una esquina; palpó con cuidado la superficie de la pared y apretó sobre una de las piedras. Lentamente, la pared se abrió.

—Sígueme —le dijo a su hijo.

Al entrar en la siguiente estancia, Ícaro vio con sorpresa que su padre encendía varias antorchas. Gracias a la luz, se fue dibujando ante sus ojos un espacio que parecía un taller, con una mesa central amplia, llena de instrumentos y herramientas. Apilada sobre las paredes, pero en perfecto orden, una sucesión de todo tipo de piezas formaba un extraño tapiz de formas contrapuestas. El muchacho se acercó a su padre.

—¿Qué es este lugar? —acertó a decir.

Dédalo comenzaba a despejar la mesa de la mayor parte de los objetos apilados sobre ella.

—Cuando construí el laberinto decidí esconder este taller entre sus pasadizos. En él he ido almacenando todo aquello que pudiera serme útil en previsión de que, algún día, el cambiante humor del rey o de la reina se volviera contra mí. El tiempo ha demostrado que mi recelo ha sido certero. —Miró a los ojos de su hijo y añadió—: Ayúdame a llevar esto a la mesa.

Ícaro acompañó a su padre hacia la pared. Entre los dos cogieron con cuidado un objeto de gran tamaño, aunque no muy pesado, que estaba envuelto en una tela llena de polvo. Lo depositaron en el lugar que Dédalo había despejado. Mientras su padre lo iba desenvolviendo con suma cautela, el muchacho vio emerger de entre aquellos viejos trapos algo que parecía un extraño y liviano armazón.

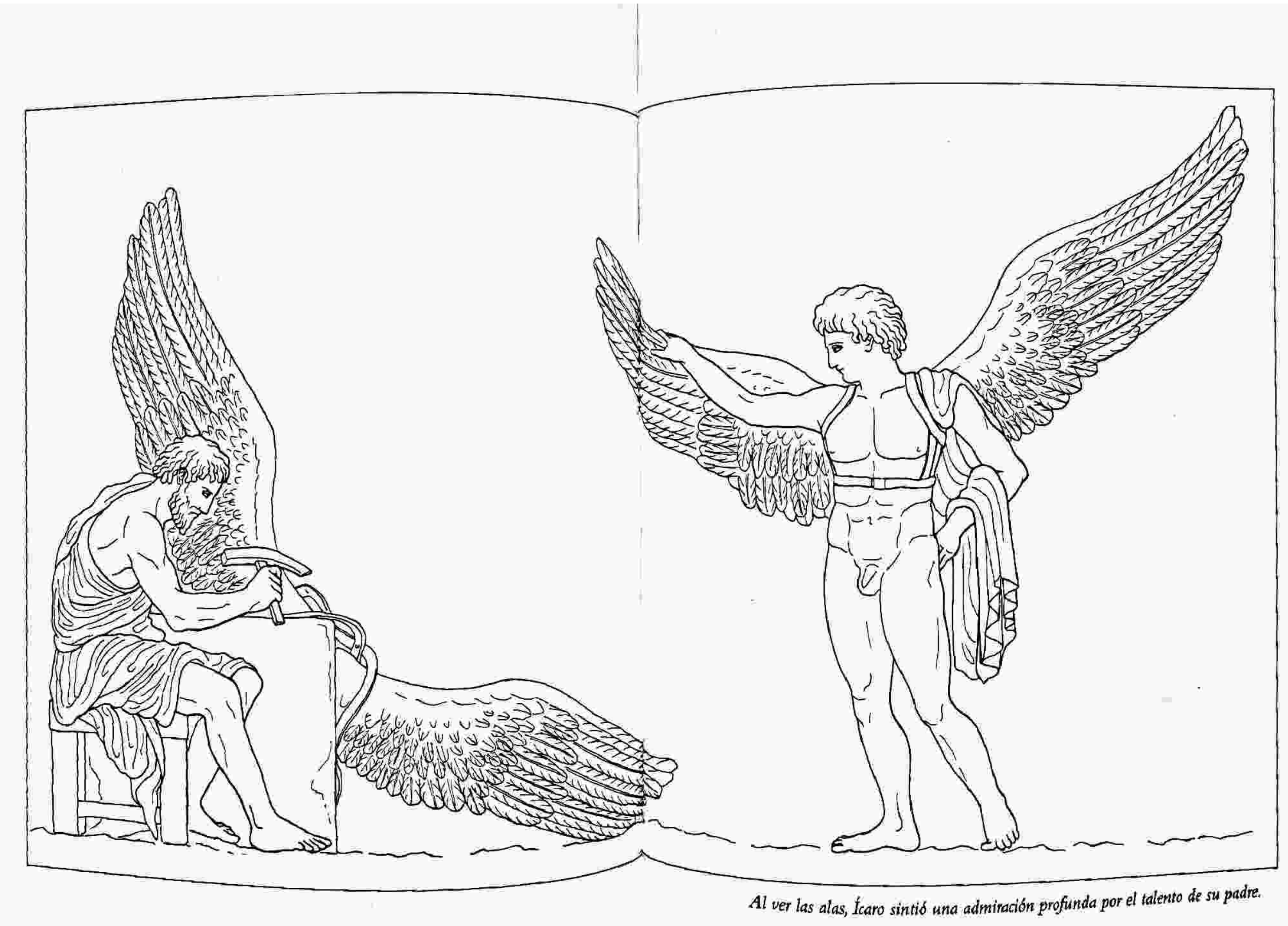
—Este antiguo ingenio mío nos sacará de aquí.

—¿Qué es? —preguntó Ícaro, agitado.

—Las alas de nuestra libertad.

∞

Trabajaron sin descanso día y noche. Poco a poco, ante la atónita mirada del muchacho, las alas fueron tomando forma. Plumas ligeras, pegadas a cañones de un material que parecía el cartílago de un ave, tejidos transparentes que daban solidez y consistencia al armazón, ceras viscosas que amalgamaban las piezas como si se tratara de un solo cuerpo, un cuerpo natural. A medida que tomaban forma, Ícaro fue haciéndose consciente de la perfección de aquellas alas y sintió una admiración profunda y sincera por el talento de su padre.



Al ver las alas, Ícaro sintió una admiración profunda por el talento de su padre.

Cuando todo parecía estar ya a punto, los dos se miraron un instante.

—¿Cómo sabes si funcionarán? ¿Las has probado alguna vez?

Dédalo dudó un momento, dejando escapar un suspiro. Intentaba que el recuerdo escalofriante de lo sucedido mucho tiempo atrás no minara su confianza.

—No sé si funcionarán —dijo con sinceridad, y luego sonrió—. Solo hay una manera de comprobarlo.

Cada uno de ellos cogió sus propias alas. Juntos, dominados por una excitación que mezclaba sus ansias de libertad con el cosquilleo de un experimento increíble, padre e hijo se dirigieron a una salida secreta, cuya existencia solo Dédalo conocía. Llegaron al final de una galería y ascendieron por uno de los tragaluces. Fue allí por donde emergieron al exterior.

Estaba amaneciendo cuando notaron en sus rostros el viento del mar. Los dos respiraron hondo y se dejaron abrazar por la incipiente luz de la mañana. Ícaro se sintió repentinamente eufórico: hasta aquel preciso momento no le había alcanzado la conciencia de que estaba a punto de intentar algo que ningún ser humano había pretendido jamás sobre la tierra: volar. Acomodó las alas a su cuerpo y las batió como el polluelo de un águila al entrenarse antes de saltar del nido, y notó, eufórico, que sus pies se elevaban del suelo, haciendo que su cuerpo se suspendiera en el aire por unos instantes. Al volver a tocar al suelo, Ícaro estaba atónito, dominado por una excitación que le congelaba el gesto en una mueca de maravilla.

Dédalo se dio cuenta de la emoción que embargaba a su hijo y, de pronto, tuvo un mal presentimiento. El recuerdo de Talo perforó su mente como un clavo hundiéndose en una viga de madera.

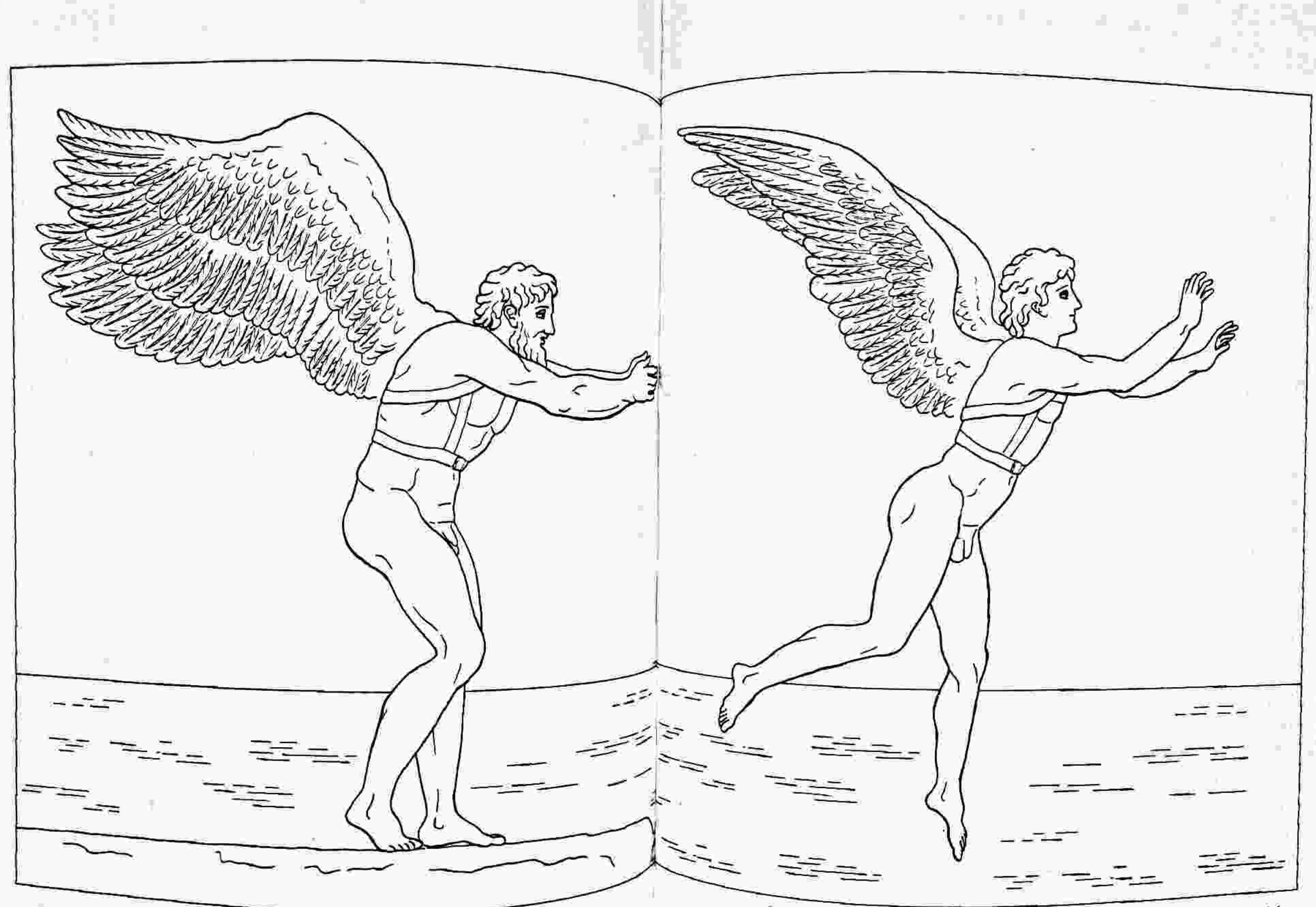
—¡Escúchame bien, hijo! —dijo sobresaltado—. He estudiado con cuidado el vuelo de las aves antes de dar forma a estas alas, pero ni siquiera yo soy capaz de saber si lograremos mantenernos en el aire. Agita los brazos con cuidado, usa las alas como una vela henchida por el viento y déjate mecer por su impulso.

Ícaro escuchaba con el gesto ausente, deseando lanzarse ya al vacío y hacer volar a su cuerpo como estaba haciendo volar a su imaginación. Entonces notó que su padre lo tomaba con fuerza por los hombros y lo sacudía, intentando sacarlo de su ensoñación.

—¡Mírame a los ojos! —gritó—. Vuela despacio al principio y no te eleves demasiado. No abandones el cobijo de la tierra y, sobre todo, no te acerques demasiado al sol. Su calor podría dañar las alas.

Ícaro asintió con gestos mecánicos, solo para tratar de tranquilizar a su padre, mas solo pensaba en volver a sentir el hormigueo que había invadido su cuerpo al elevarse por la fuerza de aquellas alas prodigiosas. Entonces, sin decir una sola palabra más, saltó. Desde el borde de la cornisa, aterrorizado, Dédalo contempló a su hijo cayendo en picado, como un trozo de metal lanzado al vacío. Mas, de modo repentino, el muchacho pareció recuperar el control de su caída y, antes de que su cuerpo chocara contra el suelo, dos hermosas alas se dibujaron sobre el valle.

Ícaro oyó el silbido del viento rodeando su cuerpo, notó que su torso se sustentaba en el aire y que sus miembros dirigían con facilidad el sentido de su movimiento; encogió las alas y sintió el vértigo del picado; las extendió y percibió con placer la remontada. Movió con energía los brazos,



Ícaro solo pensaba en elevarse por la fuerza de aquellas alas prodigiosas; y saltó.

cambió de posición hasta darse cuenta de que su cuerpo era capaz de moverse contra el viento, y, finalmente, cerró los ojos con fuerza, cerciorándose de que no estaba sumido en un profundo sueño.

Entonces, liberado del temor a caer, se entregó con todos sus sentidos a la experiencia del vuelo. Abrió los ojos y contempló la silueta de Cnosos sobre la tierra: el palacio, desplegado en torno al patio, las cabañas de los habitantes de la ciudad, los arroyos y una multitud de pequeñas manchas oscuras que se movían aparentemente sin rumbo, como hormigas atareadas en busca de sustento.

Desde el cielo, los hombres parecían pequeñas sombras oscuras, manchas sobre el hermoso tapiz de la tierra. Plegó las alas y se dejó caer: ante sus ojos todo se comprimía como en un túnel irreal de paredes azules translúcidas; planeó antes de acercarse al suelo y, a toda velocidad, cargando el viento en las alas, creyó convertirse en un navío capaz de ir más deprisa que las auras: voló sobre el mar, sobre las crestas de las olas, dejó que las gotas de los rociones salpicaran su rostro, vislumbró, dibujadas entre dos aguas, las siluetas de los animales marinos y los temblorosos colores de los fondos y, juntando las piernas, tensando el pecho, ascendió hacia el interior del cielo como una flecha despedida por el arco de un dios.

Entonces, levemente, mientras sentía el vértigo de la ascensión oprimiendo su estómago, oyó a lo lejos, casi como un suspiro, la voz de su padre. Miró hacia él, una mota de polvo suspendida sobre el blanco océano de las nubes, intentó escucharlo, pero el vuelo ocupaba todos sus sentidos.

Desesperado, Dédalo gritaba:

—¡Desciende! ¡Desciende, insensato!

Pero Ícaro no lo oía. Sus deseos de volar, el placer de gobernar la fuerza del viento, de sentirlo como el aliento de un gigante que soplara obedeciendo sus órdenes lo tenían cautivado por completo. Siguió ascendiendo, dejó bajo su cuerpo las cumbres de las montañas nevadas de Creta, se abandonó a la seducción de la altura, a la poderosa atracción de penetrar en el reino del éter, en el territorio de los eternos.

Atravesó las nubes, envuelto por el frescor de sus flecos blancos, y contempló la tierra desde el vientre de aquellas masas blancas, cargadas de misterios. La luz del sol se hizo más intensa al volver al diáfano espacio del cielo descubierto, y continuó ascendiendo. Nada existía; nada importaba: solo la sensación de creerse por un momento como el águila del dios amontonador de nubes, el gran Zeus.

Volvió a mirar hacia abajo, pero solo vio colores entremezclados: el azul del mar, el verde de los prados, el ocre de la tierra…, pero no a su padre. Mientras intentaba avistarlo, una gota de sudor se deslizó desde su frente, cayendo al vacío, desintegrándose poco a poco, hasta desaparecer. De repente se hizo consciente de que los rayos del sol calentaban todo su cuerpo, y el calor lo atrapó con su red invisible. Entonces, mientras la ardiente luz tejía su sudario alrededor de su cuerpo, la voz de su padre estalló en su mente con un fogonazo.

—¡No te acerques demasiado al sol!

Había escuchado aquellas palabras sin prestarles verdadera atención, como si no las hubiera entendido. Ahora las comprendía realmente y esa comprensión le heló la sonrisa. Plegó las alas al instante, utilizó sus piernas y sus pies como timón y se lanzó en un veloz picado, huyendo del calor de

los rayos. El silbido del viento volvió a clavarse en sus oídos, pero esta vez con un sonido violento, agudo, que hería sus tímpanos como la punta de cientos de alfileres. Sus brazos se volvieron rígidos, su cuerpo, de plomo, y una vibración comenzó a sacudir las alas.

Según iba cayendo, todo su cuerpo entró en un movimiento circular, como si estuviera siendo absorbido por un remolino invisible; las ceras, aquellas maravillosas sustancias que habían unido los cañones de las plumas al armazón de las alas, se habían vuelto líquidas, acuosas, y el viento las deshacía muy deprisa, como si todo el esqueleto, todas las membranas arrojaran sobre el cielo espesas lágrimas de pena.

Ícaro cerró los ojos, entregado a su destino. Notó que caía, no volaba, sintió la velocidad, una presión en el pecho que le impedía respirar, la angustia por su propia desmesura al intentar penetrar en el territorio de los dioses. Abrió los ojos un momento y sintió un dolor desgarrador al ver la silueta de su padre, intentando socorrerlo en vano. Esbozando una tierna sonrisa, abandonó su cuerpo, sus recuerdos y sus sueños antes de chocar contra la superficie del mar.

Dédalo vio a su hijo sumergirse en las azules aguas. Mientras las lágrimas fluían desde sus cansados ojos, creyó ver la silueta de Talo, su infortunado sobrino, dibujada entre las nubes, volando grácilmente, como un ave marina en busca de su nido. Entonces agitó sus alas, apretó los labios y puso rumbo hacia las tierras del oeste.

∞

Dédalo fue conducido ante el rey Cócalo, soberano de la ciudad de Camico, en la isla de Sicilia. Había sido sorprendido por una patrulla militar al sur de la ciudad, cuando todavía llevaba las alas, plegadas, entre sus brazos. Los desconcertados guardias dudaron un momento, sin saber si estaban ante la presencia de un loco.

Como antes en Creta, su vida volvía a ponerse en las manos de un rey. Con gesto sorprendido, este dirigía la mirada alternativamente a su prisionero y a las alas que los soldados habían depositado sobre el suelo.

—¿Quién eres, extranjero? ¿Cuál es tu patria?

Dédalo, con gesto cansado, bajó la cabeza, respiró hondo y respondió:

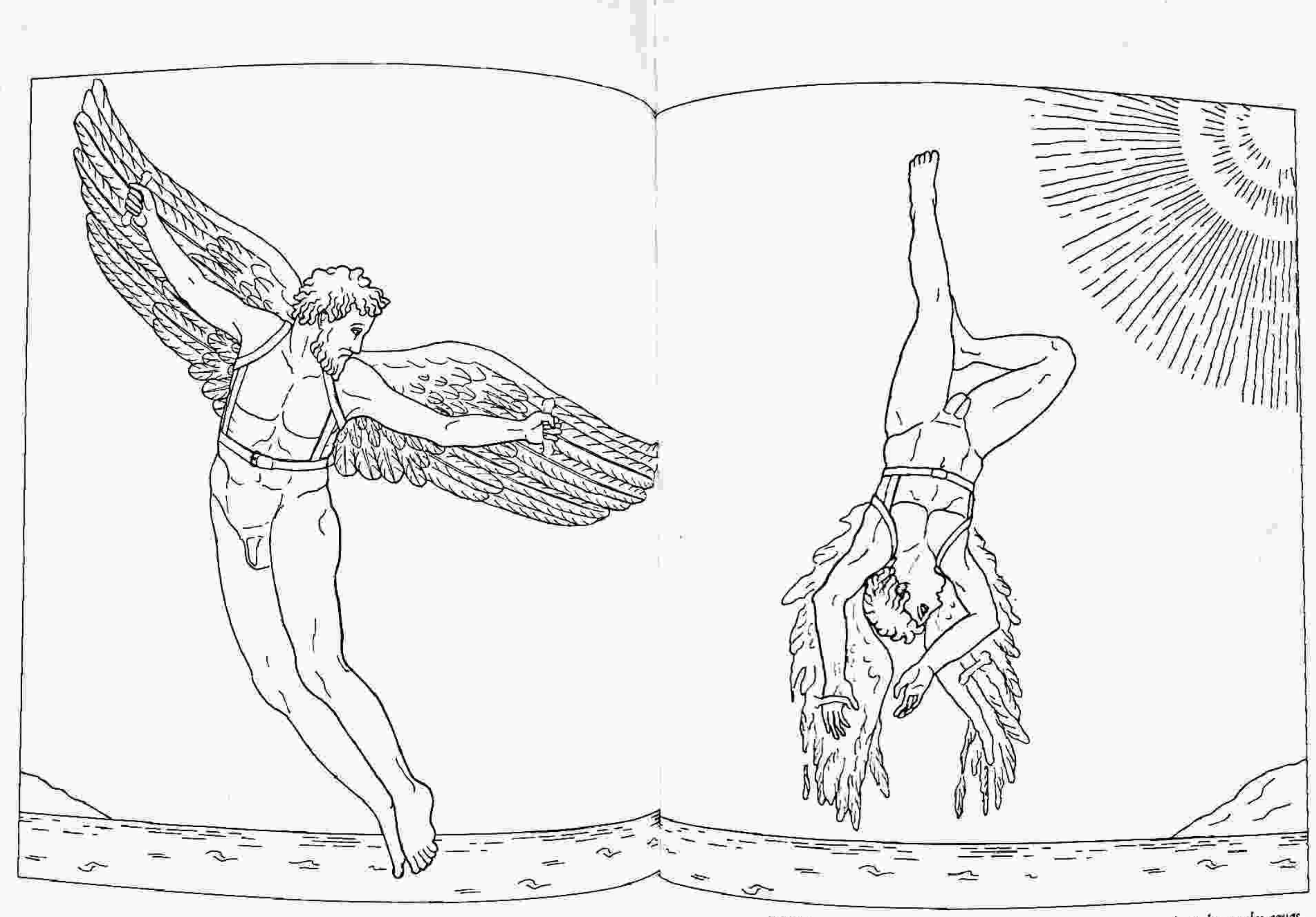
—Mi nombre es Dédalo; mi ciudad natal es Atenas, aunque he vivido los últimos años de mi vida en Creta, acogido por el gran rey Minos.

Los ojos de Cócalo se abrieron de repente, y un murmullo de admiración recorrió la pequeña sala donde se celebraba la entrevista. El soberano se levantó de su sillón y extendió sus manos hacia el ateniense.

—Hemos oído hablar de ti, Dédalo de Atenas. Sé bienvenido a mi casa.

Ambos se retiraron hacia el interior del palacio y hablaron largamente. Esa misma noche, tras la conversación, Dédalo se abandonó a un sueño intranquilo, asaltado por una sucesión de imágenes que, desde entonces, nunca llegaron a abandonarlo: alas, aves y los gritos de Ícaro y Talo, cuyos cuerpos destrozados asaltaban sus sueños cada noche.

Sin embargo, a pesar de las pesadillas, consiguió enderezar otra vez el rumbo de su vida, poniendo su talento al servicio de un nuevo rey. Construyó templos, trazó los planos de edificios que causaron asombro en toda la isla de



Dédalo vio, con lágrimas en los ojos, cómo su hijo se sumergía en las azules aguas.

Sicilia, y diseñó nuevos tipos de mástiles y velas, con los que los barcos de Cócalo navegaron a rumbos hasta entonces desconocidos. La vida devolvía un asomo de calor al ánimo del artista, enfrascado en los procesos de creación y estimulado por la creciente admiración de sus nuevos conciudadanos.

En el palacio de Cócalo, como antes había hecho en el de Minos, Dédalo instaló, ante el asombro de todos, un sistema de tuberías capaces de conducir agua caliente a las salas de baño del edificio. Todos se beneficiaron de aquel invento increíble, especialmente las hijas del rey que, agradecidas y admiradas por el talento del artista, establecieron con él lazos de confianza que no tenían con su propio padre, pues el constructor las trataba con una ternura inmensa, en la que resonaba cierta melancolía.

Las jóvenes utilizaban los instrumentos que Dédalo hacía para ellas: peines, horquillas, cepillos que se deslizaban por sus cabellos con la suavidad de una caricia, y un sinfín de pequeños objetos que las muchachas disfrutaban cada día.

Mas, una tarde de primavera, la tranquilidad pareció quebrarse con un suceso inquietante. Un mensajero llegó agotado a la corte del rey. En presencia de sus notables, desgranó la noticia: la gran flota de Minos había partido desde Cnosos con la intención de encontrar a Dédalo. El gran rey de Creta reaccionó con furia a la noticia de que su arquitecto había conseguido escapar del llamado laberinto.

Un momento de tenso silencio se apoderó de los presentes, pues todos, incluido el propio Cócalo, sabían que no podían resistir el ataque del ejército cretense. El rey se levantó de su asiento y, solemnemente, hizo prometer a todos

los presentes que, bajo ninguna circunstancia, Dédalo sería entregado a la furia de su enemigo jurado.

—Lo esconderé en este palacio hasta que el peligro haya pasado. —Y, con tono autoritario, añadió—: Minos no lo encontrará nunca si ninguno de nosotros desobedece mis órdenes. Dédalo no será informado del peligro que corre. Si lo supiera podría tener la tentación de huir o de cometer alguna torpeza.

El día en que, por fin, las velas de Cnosos tiñeron con sus vivos colores el horizonte, Cócalo ordenó que el ateniense fuera conducido a un lugar seguro y, mientras sus guardias iban en su busca, el soberano de Camico se dirigió al lugar en que el artista había desarrollado buena parte de su talento. Era un valle hermoso cuyas lomas se derramaban hacia el mar en una sucesión de ondas suaves, cuajadas de hierba y árboles frutales. Cócalo observó la imponente armada cretense y arrugó la frente, decidido a hacer frente a Minos sin ceder a su petición.

Mientras tanto, Dédalo fue conducido a su escondite. Era una estancia amplia, situada en un lugar conocido solo por el rey y algunos hombres de su entera confianza. Desde allí era fácil ganar el recinto exterior de las murallas y huir rápidamente en caso de que las circunstancias lo hicieran necesario.

Cuando se fueron los guardias, Dédalo no había conseguido saber la clase de peligro del que pretendía protegerlo el soberano. Solo, un poco asustado, sintió que la nostalgia hacía mella en su ánimo. Sabía que estaba ya en el invierno de su vida, que su tiempo se estaba acabando y, como cualquier hombre que atisba el final, los años vividos empezaban a pesarle como una losa de mármol.

Por su mente desfilaron los recuerdos: los tiempos de su niñez en Atenas, su fascinación por las construcciones que iban transformando la ciudad en tiempos de su bisabuelo Cécrope, el dramático final de Talo, su renacer en Creta, el apasionante diseño del laberinto y el horror que tuvo lugar en él, el desgarro de presenciar el vuelo de Ícaro... Toda su vida se deslizaba ante sus ojos como el caudal de un río cada vez más ancho, cada vez más lento, en los momentos previos a su desembocadura, y, como un río, Dédalo empezaba a pensar que era hora de disolverse en el mar.

Entretanto, en la ciudad, los emisarios anunciaron la llegada del rey. Minos había desembarcado muy temprano e, inmediatamente, se había dirigido hacia el palacio de Cócalo, acompañado por guardias y miembros de su séquito personal. Conforme avanzaba por las calles, la gente se fue arremolinando a su alrededor, deseosa de ver con sus propios ojos al monarca de Creta, cuya fama traspasaba las costas. Lo contemplaban como a un ser de otro mundo, y habían oído hablar de él más por sus desgracias que por sus gestas o sus leyes.

Cócalo lo recibió con los honores debidos a su dignidad real, pero manteniendo una clara distancia que Minos percibió. En apariencia, toda la corte de Camico estaba presente y el protocolo era el adecuado, pero un silencio frío y culpable parecía llenarlo todo. El soberano de Creta se puso en guardia.

Una vez terminada la recepción oficial, los dos monarcas quedaron solos, acompañados por unos pocos hombres de confianza y algunos miembros de sus guardias militares. Entonces Minos, con la sonrisa en los labios, procurando que todo discurriera con la más absoluta normalidad, mostró a Cócalo una caracola magnífica, en cuyos contornos se apelmazaba, como el lomo de un animal surcado por los verdugones del látigo, un diseño de finísimos pasadizos en espirales que se unían unas a otras, formando un laberinto intrincado y hueco.

Cócalo miró, intrigado, y tomó en sus manos la extraña caracola, deslizando sus dedos sobre la enmarañada red de espirales. Levantó sus ojos y, con un gesto de complacencia, invitó a Minos a tomar la palabra.

—Hace tiempo que busco a un traidor, rey Cócalo. Es un hombre peligroso, capaz de asesinar al hijo de su hermana, mentir y traicionar a quienes le han otorgado su confianza y su respeto. Pero es también un creador extraordinario, dotado para todo tipo de artes y habilidades que puedas imaginar. Su nombre es Dédalo.

—Ciertamente, he oído hablar de ese hombre, pero no lo he visto nunca. —Cócalo respondió sin mirar a su interlocutor, pues sus ojos no eran capaces de apartarse de la extraña caracola.

Minos aceptó las secas palabras del rey y, esbozando una gélida sonrisa, dijo:

—Ha sido un largo viaje. Permíteme que vaya a descansar. Mañana departiremos con más calma. Puedes quedarte la caracola esta noche —añadió al ver que Cócalo seguía maravillado por la pieza—. Hace tiempo, un anciano de Cnosos, famoso por su habilidad en ver el futuro, me la entregó diciéndome que en su cuerpo estaba el símbolo de mi propia vida. No entendí entonces el significado de sus palabras, pero hoy sé bien cuál es ese símbolo: el laberinto. —El rey de Camico alzó la mirada hasta Minos, cuyo rostro parecía

haberse entristecido con aquel recuerdo—. Aquel adivino lanzó sobre mí una turbadora profecía: «El día que alguien sea capaz de introducir un hilo por las diminutas galerías que jalonan uno de los lados del cuerpo de la caracola, hacerlo pasar por todas ellas y sacarlo por el otro lado, encontrarás por fin la paz y el descanso». —Los cansados ojos de Minos se posaron en el techo de la habitación mientras emitía un hondo suspiro—. Desde entonces he llevado esta caracola a todos los lugares por los que he pasado. He prometido recompensas de todo tipo, pero siempre ha sido inútil. —Se levantó de su silla y, fríamente, añadió—: Buenas noches, rey Cócalo.

El rey de Creta salió de la estancia con una sonrisa apenas perceptible dibujada en el rostro. Su plan estaba en marcha. No le cabía duda de que Cócalo llevaría la caracola a Dédalo, el único mortal capaz de resolver aquel reto.

Cuando, tal y como había previsto Minos, el rey de Camico acudió al constructor ateniense, este le escuchó absorto y preocupado, comprendiendo la razón de su reclusión en aquel escondite.

—Si resolviendo este problema, Minos alcanza la serenidad que le anunció el anciano, podría dar fin a toda una vida de cuitas y desgracias. Si es así, es posible que prefiera perdonarte y olvidarse de ti antes que arriesgarse a volver a agitar los hilos del destino.

—Te ha mentido —dijo con convicción el ateniense—. La historia del adivino anciano es una pura superchería, inventada para ocultar el verdadero motivo de su visita. Si le presentas la caracola con el hilo enhebrado a través de sus diminutas galerías, sabrá de inmediato que estoy aquí, pues

cree que ningún otro hombre podría resolver tal dificultad, y no dudará en recurrir a la violencia para conseguir que me entregues.

Cócalo permaneció en silencio, con la frente arrugada, como si estuviera tratando de solucionar su propio enigma. Finalmente, habló.

—Sin embargo, ¿dejarías pasar esta oportunidad de acabar para siempre con una vida de desasosiego y fuga? ¿O es que no te sientes capaz de resolver este desafío?

Al oír esas palabras, el viejo orgullo resplandeció en la mirada del ateniense. Alzándose hacia el monarca, dijo con seguridad:

—Llévame a mi taller.

◇◇◇

Ante la atenta mirada del rey de Camico, Dédalo buscó por el suelo del taller, miró entre los muebles y, al fin, agachándose, pareció que encontraba lo que necesitaba y lo recogía: era una hormiga. La llevó sobre la mesa y la guardó en un pequeño recipiente de cerámica. Ante la atónita mirada de Cócalo, sacó de un cajón una pieza de cristal transparente, de forma circular, y tomó con la otra mano unas pinzas diseñadas para sujetar sin oprimir. Con ellas aprisionó a la hormiga, situándola justo debajo del cristal. Gracias a las virtudes de aquella pieza circular, la hormiga se vio mucho más grande, haciéndose visible cada detalle de su cuerpo; los dedos de Dédalo parecían inmensos. De esa manera pudo el ateniense pasar un finísimo hilo de seda por todo el cuerpo de la hormiga, como si la estuviese envolviendo con los flecos de un sudario; solo las pequeñas patas quedaron libres.

Soltó un momento las pinzas y con las dos manos anudó el hilo sobre el cuerpo del diminuto animal.

Entonces lo introdujo en la caracola por el orificio de su extremo. El hilo comenzó a deslizarse suavemente, recorriendo cada recoveco, cada rincón del pequeñísimo laberinto, igual que antes lo había hecho Teseo atado con firmeza al hilo de Ariadna. En unos instantes, la hormiga, buscando la salida sin poder darse la vuelta, emergió por la entrada de la caracola, dejando el hilo enhebrado a través de todas sus calcáreas galerías. Dédalo contempló aquel prodigio y, sin tristeza, sin angustia, supo que aquella habría de ser la última chispa de su genio.

Cócalo tomó la caracola en sus manos, absolutamente maravillado por la brillantez de aquel hombre.

—Tengo la esperanza de que quizá mañana Minos encuentre el descanso que busca —le dijo—. Duerme tranquilo tú también, Dédalo.

Salió del taller y ordenó a los soldados de la guardia que protegieran la casa y al artista al precio de sus vidas. Cabalgó hacia el palacio cuando el sol comenzaba a iluminar el valle de Camico, y los edificios y templos, nacidos del inagotable talento de Dédalo, iban poco a poco tomando, en sus fachadas y columnas, el tibio color de la carne. Sin haber descansado en toda la noche, evitó entrar en el salón del trono para visitar primero las habitaciones de las mujeres. Allí hizo que despertaran a sus hijas, a las que ordenó preparar la sala del baño.

—Minos cree que puede llegar a mi tierra y darme órdenes veladas con su charla afable y sus patrañas —les dijo sin rodeos—. Preparadle un baño de agua caliente que relaje su cuerpo y tranquilice su ánimo.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Para siempre.

Las jóvenes quedaron desconcertadas, pero habían aprendido a querer a aquel artista ateniense al que Minos perseguía con saña, y estaban decididas a preservar no solo su vida, sino también el prestigio y el poder de su padre. Obedeciendo, tomaron las disposiciones necesarias para que se encendieran los hornos que calentaban el agua del sistema de tuberías diseñado por el propio Dédalo.

En el salón del trono todo estaba preparado para que, después de una noche de buen descanso y un copioso desayuno, Minos expusiera por fin el verdadero motivo de su visita. Cuando los dos monarcas estuvieron frente a frente, Cócalo le mostró la caracola. El soberano cretense se quedó estupefacto. La cogió con cuidado, como si tuviera en sus manos un objeto sagrado, y tiró de uno de sus extremos despacio, intentando comprobar que no había ningún engaño y que todo el hilo estaba, en efecto, enhebrado en el laberinto. Respiró hondamente; Cócalo sintió que en aquel suspiro se concentraba toda la tensión, toda la ansiedad de años de búsqueda, pero guardó silencio, esperando que Minos tomara la iniciativa.

—Solo hay un hombre capaz de hacer esto —dijo por fin—. Entrégame a Dédalo, Cócalo de Camico. Si no lo haces, arrasaré tu reino hasta encontrarlo.

—No son palabras muy amables, rey Minos. Pero es temprano todavía; tendremos tiempo de hablar de Dédalo. —Cambiando el tono de sus palabras, añadió—: Ayer dijiste que ofrecías una recompensa a quien resolviera el problema del hilo y la caracola. ¿Cumplirás tu palabra?

Minos miró con gesto duro a Cócalo y, midiendo el alcance de cada palabra, respondió:

—Tu recompensa será ver tu reino indemne y tu casa en pie. Me iré con Dédalo sin causarte el más mínimo daño y me ocuparé de que nadie te lo haga en el futuro.

Cócalo bajó la cabeza haciendo un gesto de afirmación, y habló intentando que su sumisión pareciera sincera.

—Acepto tu recompensa, rey Minos. Creo que es suficientemente generosa. En realidad, he ordenado ya que traigan a Dédalo, pero está lejos de la ciudad. Estará aquí al mediodía. Mientras, mis propias hijas te han preparado un baño. Deja que sus manos relajen tu cuerpo y hagan volar tus sentidos. Después, tendrás lo que has venido a buscar.

Las esclavas de las hijas de su anfitrión, hermosas como la mañana, aparecieron en la puerta. Cócalo indicó con el brazo a Minos que las acompañara y el rey de Creta aceptó complacido.

En los recogidos baños del palacio, el agotado Minos dejó que las manos de las hijas del rey lo despojaran de sus ropas, y se introdujo en la maravillosa bañera, de la que salía un cálido vapor. Las muchachas mezclaron aceites y perfumes, haciendo que toda la habitación se impregnara de dulces olores que evocaban los árboles, las plantas, los arbustos de Creta. El monarca se relajó, dispuesto a disfrutar de aquellos instantes de calma y de placer.

Con los ojos casi cerrados, como en un sueño, vio a una de las muchachas abrir la llave de una tubería y notó que, inmediatamente, un nuevo chorro de agua caliente acariciaba su cuerpo. Se abandonó por completo a esa cálida sensación, antes de notar que el agua comenzaba a quemarle la piel.

Intentó incorporarse, abrir los ojos, gritar, pero no pudo. Sus sentidos estaban adormecidos y los vapores de las aguas y los perfumes habían entumecido por completo sus músculos. Abrió la boca y emitió un lánguido quejido mientras sentía que su cuerpo era devorado por un fuego oculto en las aguas. Antes de que su pensamiento se desvaneciera, recordó de Dédalo, de su insuperable talento, y sintió el terrible calor que lo consumía. Delante de él, un horizonte de tranquilidad se dibujó sobre el paisaje de sus recuerdos. Por fin, la calma.

◇◇◇

Dédalo no sintió placer al conocer la muerte de quien había sido primero su salvador y solo luego su enemigo. Creyó que Minos se le había adelantado al encontrar, por fin, la salida al laberinto de su propia vida, y se encerró en su taller. Su mente se fue aletargando poco a poco, vencida por los recuerdos y por la conciencia de que el esplendor de su obra ocultaba la densa sombra del fracaso de su vida. Nadie volvió a verlo fuera de su taller nunca más. Nadie, ni siquiera el rey consiguió hacerlo salir de su triste y profunda melancolía.

Cuando la muerte lo atrapó, Dédalo creyó ver a dos muchachos volando sobre el mar como aves migratorias. Intentó acercarse a ellos, les tendió la mano, pero ambos, igual que sueños, se evaporaron en un instante, abrazados por los blancos rociones de las olas.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Para los antiguos griegos, Dédalo era sinónimo de artesano, de artífice; para nosotros, y en recuerdo de la más emblemática de sus obras, lo es de algo laberíntico. Su mito representa el triunfo del espíritu técnico del hombre que, mediante su habilidad e inteligencia, es capaz de controlar en su provecho la naturaleza.

La mitología clásica abunda en historias protagonizadas por dioses y héroes. Son el reflejo de una sociedad guerrera, que hacía del combate, el valor y la gloria sus señas de identidad. Pero, a su lado, hay también algún personaje que no destaca ni por su fuerza ni por su valentía, sino por su ingenio y su habilidad para construir artefactos que faciliten la existencia a los hombres, esos seres condenados por su condición mortal a llevar una vida de trabajos y sinsabores. Entre esos personajes destaca el titán Prometeo, que robó el fuego del Olimpo y se lo dio a esas desventuradas criaturas humanas para que pudieran alumbrarse y, bajo la protección de su luz y calor, desarrollaran sus facultades intelectuales. Y otro es Dédalo, quien supo aprovechar el regalo hecho por Prometeo y pasa por ser el primer gran inventor de la humanidad. Es el hombre imaginativo, hábil con la cabeza y con las manos, pero no para matar monstruos, destruir ciudades o asolar ejércitos, sino para construir y crear, para domeñar el tantas veces inhóspito medio natural, hacerlo más habitable y arrancarle mayores frutos.

Dédalo es el gran artífice de la mitología griega. Sin duda, su obra más famosa es el laberinto de Creta, cuyo enrevesado trazado algunos han querido reconocer en el palacio de Cnosos. Entre ellos, su descubridor, el arqueólogo británico sir Arthur Evans (185-1941), quien lo excavó a principios del siglo XX y sacó así a la luz toda una civilización desconocida hasta entonces, bautizada como minoica en honor de su rey más famoso, Minos. La identificación del constructor con esta obra es tal que en lenguas como el castellano el nombre de Dédalo ha pasado a ser sinónimo de «laberinto». A él se le atribuyen otras invenciones, tanto reales como míticas, contándose entre las primeras el hacha, la vela, el mástil, la plomada o la cola de pegar, y entre las segundas, una suerte de estatuas animadas que, según explica el filósofo ateniense Platón (427-47 a.C.) en su diálogo *Menón*, había que tener sujetas para que no se dieran a la fuga. La etimología que se ha aventurado acerca del nombre de Dédalo como derivado del griego *daidáleos*, que viene a significar «bien labrado», en el sentido de «realizado» o «ejecutado», no podía ser así más adecuada. En definitiva, Dédalo encarna la *techné* (técnica), gracias a la cual los hombres pueden abandonar la *hybris*, las pasiones violentas, e iniciar una vida plenamente humana, esto es, consciente y razonada, llevada por el deseo de conocer, pero no por el simple ansia de acumular saberes, sino siempre pensando en su funcionalidad práctica.

Su hijo Ícaro no heredó ninguna de estas cualidades: bien sea por mera ingenuidad, bien por orgullo y jactancia, su vuelo y su trágico fin representan la inconsciencia de la juventud. El episodio por él protagonizado es comparable con el de Faetón, quien quiso conducir el carro solar de su padre Helios, perdió el control y, ante la amenaza de que abrasara la tierra, cayó fulminado por el rayo de Zeus. O con el de Belerofonte, el héroe vencedor de la monstruosa Quimera: a lomos del caballo alado Pegaso, pretendió ascender hasta

Dédalo, sinónimo de artífice

En otras civilizaciones de la Antigüedad, como las que florecieron en Mesopotamia, adelantos técnicos como el torno de alfarería o la arquitectura fueron regalos de los dioses a los hombres. No así en Grecia, que hizo del mortal Dédalo el primer gran artífice de la humanidad. Pero si la figura de este es puramente mítica, no puede decirse lo mismo de quien podría considerarse su homólogo egipcio, Imhotep. Fue una figura histórica, que vivió hacia el 2600 a.C., es decir, más de mil años antes de que floreciera la primera civilización propiamente griega, la micénica. Imhotep fue visir del faraón Djoser, de la Dinastía III, pero sobre todo descolló en multitud de disciplinas, desde la arquitectura hasta la medicina, pasando por la ingeniería, la geometría, la astronomía o la escultura. Su obra más célebre todavía hoy se conserva en pie: la pirámide escalonada de Sakkara, el primer edificio en piedra construido en el país del Nilo. A su muerte, Imhotep fue deificado y adorado como dios de la medicina y la sabiduría. Los griegos, que lo conocían como Imutes, lo identificaron con Asclepio, hijo de Apolo. Dédalo, en cambio, no fue recompensado ni con la inmortalidad ni con la divinidad, ni siquiera con un lugar en la bóveda celeste. Pero se mantuvo por siempre vivo en el recuerdo de los griegos, quienes denominaban con su nombre a todo buen artífice. Con él se relacionan también unas fiestas que se celebraban en Platea en honor a la diosa Hera, las *Daídalas*. Según la tradición, una daidala es un tipo de escultura antropomorfa (también conocida como xoana) inventada precisamente por Dédalo.

la morada de los dioses en el Olimpo. Zeus, en este caso, envió un tábano que hizo que Pegaso se encabritara y Belerofonte se precipitara al vacío. Los tres, Faetón, Belerofonte e Ícaro, pagaron con sus vidas su deseo de ir más allá de lo establecido. No es extraño, pues, que los autores cristianos mostraran especial interés por este episodio del mito y le dieran una lectura moral: la del joven que quiere alzarse hasta allí donde no debe. No obstante, esta imagen negativa de Ícaro no impidió que, en el siglo XIX, diera nombre a todo un movimiento político, el de los icarianos. Fundado por el socialista francés Étienne Cabet (1788-1856), propugnaba una sociedad ideal sin clases, sin propiedad, libre y democrática. Ícaro, con su vuelo, representaba para sus seguidores la soñada y utópica libertad.

DEL VUELO AL LABERINTO

Un personaje como Dédalo, quien, por su ingenio y su habilidad, podía ser considerado el antecesor de toda industria artística, no dejó indiferentes a los creadores de la época romana, de los que se han conservado algunos frescos (hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles) que lo muestran presentando a Pasífae el simulacro de vaca o volando con su hijo Ícaro. Este motivo, convertido en alegoría moral de los males que acarrea el orgullo, conoció un gran éxito a partir del Barroco. Una de las versiones más originales es *Paisaje con la caída de Ícaro*, del pintor brabanzón Pieter Brueghel el Viejo (h. 1530-1569), en la que del hijo de Dédalo solo se ven las piernas hundiéndose en el agua mientras a su alrededor, indiferente, prosigue la vida. Más acorde con el gusto barroco por el dramatismo, el flamenco Jacob Peter Gowy (1615-1661) prefirió captar en *La caída de Ícaro* el preciso momento en que el joven se precipita al vacío ante la atónita mirada de

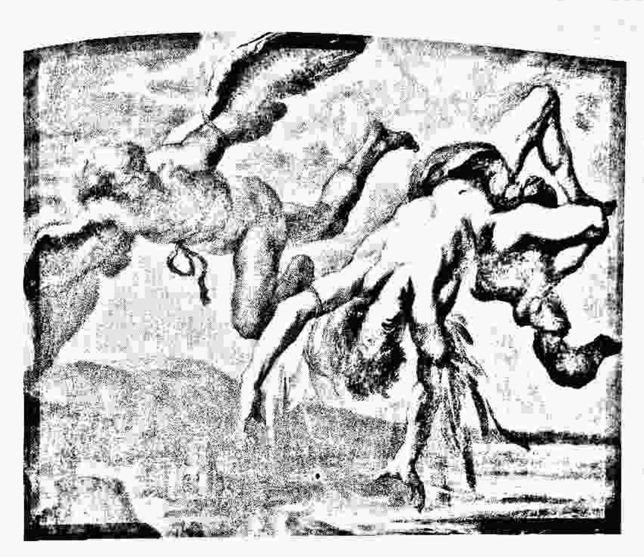


En su única incursión en la pintura mitológica, el óleo Paisaje con la caída de Ícaro *(Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas), Pieter Brueghel el Viejo mostró un planteamiento inusitadamente desmitificador al introducir el suceso en la cotidianidad del pastor, el labrador y el pescador, quienes prosiguen sus labores ajenos al trágico fin del hijo de Dédalo. El mito queda de este modo reducido a un acontecimiento anodino y anónimo que no merece ni una mirada.*

su padre. Los versos de Ovidio parecen resonar aquí: «Agita Ícaro sus brazos desnudos y, desprovisto de alas, no puede asirse en el aire, y aquella boca que gritaba el nombre de su padre es engullida por las azuladas aguas, que de él tomaron nombre». El italiano Andrea Sacchi (1599-1661), en cambio, prefirió pintar la escena en que Dédalo pone las alas a Ícaro, un motivo que se hizo muy popular en ese tiempo. El flamenco Anton van Dyck (1599-1641) sigue idéntico esquema en su *Dédalo e Ícaro*, aunque sin el uso del claroscuro que otorga toda su fuerza a la pintura de Sacchi. En época neoclásica, el francés Charles-Paul Landon (1761-1826) hizo un acercamiento mucho más naif al mito en su *Dédalo e Ícaro*, en el que se ve al padre empujando a su temeroso hijo al vacío para que se eche por fin a volar.

Mas este mito no solo ha dado obras inspiradas en sus personajes, sino que también se ha plasmado en la reproducción de laberintos. En la época griega hay monedas con representaciones de laberintos y en la romana, pavimentos de mosaico con trazados laberínticos, como los hallados en Hipona (actual Argelia) o Susa (Túnez). Pero la idea sobrevivió a la Antigüedad. Una de sus plasmaciones más asombrosas fueron los enigmáticos laberintos que se encuentran en el suelo de algunas iglesias del siglo XII, como en las catedrales francesas de Chartres y Amiens. Su «entrada» se sitúa siempre del lado oeste que, al coincidir con el punto por donde se pone el sol, es por donde hacen su aparición siempre los demonios. De este modo, estos dédalos pueden ser un amuleto contra esos malos espíritus, para que se enreden en su interior y no hagan el mal. O pueden ser también un símbolo de las dudas y los enredos que asaltan al hombre en el largo camino de la vida, o incluso una advertencia de los peligros que le esperan a aquel que se desvíe de la línea recta marcada por la ortodoxia. En algunos templos servían de sustitutivo simbólico de una peregrinación a Tierra Santa: el devoto recorría de rodillas el camino que lleva hasta el centro, donde se hallaba la imagen de la Jerusalén celestial.

A partir del Renacimiento, el laberinto perdió este significado religioso para adquirir un carácter más festivo. Es entonces cuando surgen caprichosos dédalos en los jardines, con los muros convertidos en setos. En ellos domina el juego, el placer de perderse, de encontrar y de ser encontrado. Su éxito fue tal, que todo jardín barroco y rococó que se preciara debía tener uno de estos laberintos. Algunos de ellos se conservan, como el del palacio de Hampton Court, en Surrey (Inglaterra), el más antiguo de todos, pues data de finales del siglo XVII; el del palacio imperial de Schönbrunn, en Viena (Austria), o el de los jardines de Horta, en Barcelona (España). Más moderno,





En la parte superior, La caída de Ícaro *(Museo del Prado, Madrid), que Jacob Peter Gowy pintó según un boceto del gran maestro flamenco Peter Paul Rubens. En la playa se distinguen unas figuras de espaldas portando unas alas, quizá padre e hijo antes de emprender el fatal vuelo. Abajo,* Dédalo e Ícaro *(Palazzo Rosso, Génova) de Andrea Sacchi, donde el joven aparece retratado como un efebo de belleza clásica, en contraste con su padre, de trazo más realista.*

pues data de la década de 1970, es el de Ashcombe (Australia), que destaca por sus setos de más de tres metros de altura.

LA MAESTRÍA DE OVIDIO

A nivel literario, el mejor relato sobre Dédalo e Ícaro es el que se encuentra en las *Metamorfosis* del romano Ovidio (43 a.C.-17 d.C.). Siempre atento a los detalles, el poeta pinta a un Ícaro niño que «sin saber que estaba palpando su propio peligro, con rostro risueño, tan pronto intentaba atrapar las plumas que se llevaba una brisa pasajera, como ablandaba la rubia cera con el pulgar y con su juego estorbaba el admirable trabajo de su padre». Es la inconsciencia propia de quien desconoce su destino. Y cuando Ícaro emprende el vuelo, no es el orgullo lo que lo hace elevarse, sino el puro juego y «el ansia de cielo». En apenas sesenta versos, Ovidio acierta a expresar el drama con elegancia y delicadeza, pero también con emoción. Pero no acaba aquí su relato: en el momento en que Dédalo da sepultura a su hijo, el autor hace aparecer una perdiz, el ave en que, en algunas versiones del mito, Minerva (la Atenea griega) transformó al sobrino del constructor del laberinto cuando este, celoso de su talento, lo tiró por un barranco.

El dramaturgo español Tirso de Molina (1579-1648) prefirió destacar la faceta de inventor de Dédalo. Lo hizo en *El laberinto de Creta*, una obra perteneciente al género del auto sacramental (teatro religioso en el que los personajes, en este caso los del mito griego y pagano, se convierten en alegorías cristianas). Al padre de Ícaro le atribuye la invención del barreno, la sierra, el cepillo, el taladro, la plomada, la regla, la cola, las velas y la escultura, en particular unas imágenes en piedra a las que es capaz de dar «casi ser y vida, pues hago que se muevan, cual si hospedaran almas y cabezas».

Como él mismo dice: «Mi padre fue el engaño, mi madre la cautela, mi nombre el artificio que en falsas apariencias [ofusca virtudes]». El retrato dista de ser positivo, sobre todo porque la gran creación del artífice, el laberinto, no es en el contexto católico de esta obra sino el símbolo del imperio de los vicios, el infierno en el que todos los que se desvían de la ortodoxia de la fe se pierden.

En 1968, el francés Raymond Queneau (1903-1976) convirtió al hijo de Dédalo en el protagonista de una de sus obras más inclasificables, *Le vol d'Icare*, título que lo mismo puede traducirse como *El vuelo de Ícaro* o *El robo de Ícaro*. Su protagonista no escapa de laberinto alguno, sino de las páginas de la novela que está escribiendo un autor de finales del siglo XIX. «Evidentemente, podría continuar con otros personajes, pero aprecio a Ícaro y no continuaré sin él. ¡Ah! ¡Ícaro! ¡Ícaro! ¿Por qué huyes del destino que te he dado? ¿Dónde has ido a parar por querer volar con tus propias alas?», se lamenta el desesperado escritor. El destino implícito al nombre, sin embargo, acabará cumpliéndose, y este Ícaro, en su afán de libertad, emprenderá el vuelo con una cometa que cada vez se alza más y más alto... Tanto que, al final, el novelista exclama: «Todo ha ido como estaba previsto; he terminado mi novela».

ENTRE ÍCARO Y ALAMBICADOS DÉDALOS MUSICALES

En música, y obviando todo lo relacionado con el Minotauro, Ariadna y Teseo, el episodio que mayor interés ha despertado entre los compositores es el del vuelo de Ícaro. El compositor alemán Georg Friedrich Haendel (1685-1759) le dedicó una bella cantata italiana para soprano titulada *Entre llamas (El consejo)*, cuyo texto presenta la historia desde un punto de vista moral: el ser humano nace para

alcanzar el cielo, pero no por sí mismo, pues eso es pecar de orgullo, sino por la gracia divina. Como dice el poema cantado, «en el vuelo temerario, muchos son los Ícaros, mas Dédalo es uno solo», en referencia al buen juicio del padre. La segunda de sus arias describe el vuelo del temerario joven con alada ligereza, mientras que la tercera, que es aquella en la que se expone la moraleja, es de un virtuosismo vocal plenamente barroco.

El mismo tema fue también tratado por el compositor y director de orquesta francés de origen ucraniano Igor Markevitch (1912-1983), para quien constituyó una especie de idea fija, pues en el frenético París de la década de 1930 él mismo se identificaba con la suerte de Ícaro. En concreto, le fascinaba el dramatismo y modernidad del mito, en el que veía el destino de quien tiene una ambición en la vida (alcanzar el sol, triunfar como compositor), vuela hasta ella y, una vez cree haberla conseguido, advierte que las alas que le han conducido hasta allí no son capaces ya de sostenerlo. La partitura de *El vuelo de Ícaro* concebida en origen como un ballet, no llegó a representarse como tal, y tampoco acabó imponiéndose como página de concierto, ni siquiera en la versión algo más comedida que Markevitch dio a conocer en 1942. A la postre, sus sueños de alcanzar la fama como compositor acabaron en nada, eclipsados por el renombre que ganaba como director de orquesta.

Otros compositores, sobre todo en la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco, pero también de la contemporaneidad, encontraron en el mito cretense un acicate que iba más allá de los personajes o las situaciones del mito para centrarse en la creación de Dédalo. Fue así como surgieron algunas partituras que bien merecen el nombre de laberintos, intrincados artificios sonoros cuya complejidad sirve para transmitir un mensaje oculto al alcance solo de entendidos o, simplemente, como mero juego de ingenio. Un

ejemplo primerizo se encuentra en una pieza vocal del francés Guillaume de Machaut (h. 1300-1377), «*Ma fin est mon commencement*» (*Mi fin es mi principio*), en la que, como indica su título, las tres voces se responden de modo que la una reproduce lo que hace la otra, pero de la última a la primera nota, como si se leyera en un espejo. Otro ejemplo célebre, ya en el Barroco, es *El laberinto* del también francés Marin Marais (1656-1728). Se trata de una pieza instrumental llena de disonancias, cambios tonales imprevistos y abruptos contrastes con los que se quiere representar la incertidumbre del hombre encerrado en ese laberinto que es la vida, sus avances, sus retrocesos y sus avatares.

Índice